Tomo XII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 12

San José, Costa Rica **1926** Lunes 22 de Marzo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El fin de un ensueño*, por Leopoldo Lugones.—*Las alas de Ariel, Ariel y Caliban, Éxito y fracaso*, por Ramiro de Maeztu.—*Los Estados Unidos y J. Enrique Rodó*, por Horacio Maldonado.—*Página lírica* de Carlos Luis Sáenz, F. Centeno Güell y Julio Mercado.—*Rubén Darío*, por R. Blanco Fombona.—*Un periodista español defiende a Yanquilandia*, por Armando Donoso.—*Lluvias de oro*, por Anastasio Alfaro.—*El tapado de pieles*, por Julio Dantas.

El fin de un ensueño

Por

LEOPOLDO LUGONES



APRECIADO superficialmente, el ingreso de Alemania a la Liga de las Naciones, en consecuencia del Pacto de Locarno, constituye el primer paso hacia los Estados Unidos de Europa, que el radicalismo francés concibe como un idilio entre los pueblos, no sin el traspensamiento mesiánico del militarismo abolido y de la plebe exaltada al dominio absoluto, o sean los propósitos supremos de la democracia.

Pero las consecuencias de este acto de Alemania, calculado con profunda maestría por la verdadera dirección de la gran política pangermánica y panrusa, que no está en Berlín, sino en Moscú, serán enteramente opuestas a la aspiración radical.

Así lo enseñan, desde luego, el *exequatur* ruso y la sincrónica ofensiva bolchevique contra Ginebra como asiento de la Liga, no por ser suiza dicha ciudad, sino por espiritualmente francesa.

La Liga compromete a muerte su destino, con dejar de ser lo que es: un instrumento del Tratado de Versalles para mantener incólume la Europa de la victoria.

Es mucho afirmar, a no dudarlo; pero lo arriesgo sin vacilación, porque me parece de una sencilla claridad.

Si Alemania está unida con Rusia, potencia agresiva que no oculta su intención hostil al Occidente, porque en dicha publicidad reside el éxito de su propaganda asiática y de su proselitismo marxista; y Alemania lo está, como es sabido, por el Tratado de Rapallo, su ingreso a la Liga habrá tenido, según es obvio, por lo demás, el consentimiento de Rusia, y llevará la intención de destruir la Liga misma; pues no se olvide que la Tercera Internacional es la contra-Liga, organizada y sostenida por la Rusia bolchevique para anular el poder de aquella «sucursal de las potencias capitalistas». El Occidente, organizado bajo las dos instituciones fundamentales de la patria y la propiedad, es el «mundo capitalista», opuesto de suyo al comunismo asiático de las hordas y de los sistemas místicos; de suerte que sus aspiraciones a la conciliación resultan vanas ante los fanáticos. Entre ellas y el propósito brutalmente positivo de estos últimos, existe la incompatibilidad absoluta del raciocinio con el dogma. Fenómeno que ya se vió cuando el cristianismo, de iguales procedencia y propósito, desató sobre el Occidente romano el azote de las invasiones bárbaras.

Es, por otra parte, significativo, que este ingreso de Alemania a la Liga coincida con el debilitamiento máximo del colectivismo alemán en la persona de sus dos sectas; el consiguiente auge de los partidos burgueses; la consolidación económica —lo que es decir capitalista del país— y el gobierno del mariscal Hindenburg. No se necesita mucho ingenio para comprender que hay en ello algo superior al ensueño poco germánico de los Estados Unidos de Europa...

Alemania ha esperado su momento, como lo esperó en 1914. Entrará a la Liga cuando su restauración económica y su firmeza política le permiten acción desembarazada y cuando el pertinaz desconcierto del radicalismo francés ha puesto a la Nación enemiga en la situación más desventajosa, es decir más débil.

Ya diré explícitamente cuáles van a ser las consecuencias.

Entretanto, es de observar que la política francesa, cada vez más radical, redunda en un malogro sistemático de la victoria.

Primero la enajenó la voluntad de los ideólogos, quienes, por lógica jacobina, pretendían de Francia el perdón alemán, aun a costa del desastre francés. Y ahora, cuando los jacobinos franceses adoptan este suicidio lento —si lento sale—el peligro que ello comporta para la civilización, o sea, porque se trata de un sinónimo, para la Cosa Latina comprometida a favor de la barbarie, nos pone a los otros, a los que por dicha razón permanecimos leales a su victoria, en el trance de desembanderarnos con Italia, cuya mano segura recoge a la usanza romana, que es la buena, el estandarte antibárbaro. El aislamiento de Francia, a consecuencia de esa política fatal, va consumándose en el mundo. No le atraerá su radicalismo la clientela revolucionaria, mucho más halagada por la Rusia bolchevique y el Vaticano marxista de Berlín; pero le malquista los elementos de su propia formacóin intelectual, que proceden, reaccionando, al salvamento de la civilización. La hora de optar entre la Nación y la democracia se acerca, pero puede llegar demasiado tarde.

A Francia le ha faltado, quizá, lo que podríamos llamar el momento de Bonaparte. Es decir, la adopción inmediata de una política realista, que aprovechando la ocasión—y eso fué, por ejemplo, el Ruhr—hubiese consumado la victoria sobre el enemigo secular, de una manera irrevocable: la supresión de la entidad política que es el Imperio Alemán, fundado a su

vez sobre una derrota francesa, no por la transformación nominal en República, sino al grande estilo romano de un Germánico o de un Escipión.

Se dirá que eso era imposible ante la prevista oposición de los países aliados y acreedores. El recordado paso del Ruhr y el bombardeo mucho más grave de Corfú, mostraron ya una y otra vez la imposición del hecho consumado.

Y como al fenómeno histórico no lo determinan la razón ni la moral, sino las exigencias inexorables de la vida en cuya virtud es una expresión de fatalidad y de fuerza, lo que Francia dejó de hacer va a realizarlo su enemigo.

Alemania en la Liga es, efectivamente, estas tres cosas: el desarme de Francia, Polonia y la Pequeña Entente; la revisión del Tratado de Versalles y la anexión de Austria. O la dislocación de la Liga, vale decir su fin, por retiro de Francia y de Italia, con la Pequeña Entente en concierto.

Si aquello se precisa y Francia demora, retenida por escrúpulos jacobinos, perderá la Pequeña Entente, y quizá Polonia que se entenderán con Italia. Si la reacción nacional en que siempre confío, barre a tiempo la peste demagógica, su desintegración de la Liga será menos desastrosa, y hasta ventajosa tal vez, pero no más lucida ante la posición que Alemania ha ganado ya; pues el Pacto de Locarno es, en lo positivo y fundamental, una victoria germánica.

Pero se dirá y se dice: el desarme será general, comprenderá a Rusia también, y Alemania está ya desarmada.

Sin duda; mas todos sabemos lo que valen los Tratados para Alemania y para Rusia; la imposibilidad de fiscalizar los armamentos, sobre todo en la segunda, donde nadie conoce ni puede conocer lo que pasa; el modo como Alemania continúa en pie de guerra, bajo el cuádruple concepto de la oficialidad, el reclutamiento, la dotación transformable y los recursos monetarios.

Vale la pena mencionar al respecto un solo dato más, entre los muchos que he adelantado varias veces en estas mismas columnas: De las líneas aéreas internacionales que cubren Europa, Francia fiscaliza o posee cinco; Gran Bretaña tres y Alemania treinta y dos. Nadie ignora que, conforme a las conclusiones de todos los técnicos, la próxima guerra será principalmente aérea.

Si fiscalizada por Comisiones militares de verdadera ocupación, Alemania ha podido burlarlas con eficacia, ocultando armamento y organizaciones de considerable magnitud, es de suponer lo que hará cuando su situación de potencia con asiento permanente en el Consejo de la Liga, le permita reclamar la inviolabilidad soberana. Ahí de la revisión del Tratado de Versalles que reclamará en el acto, y que, con arreglo a la equidad, no podrá negársele.

Por otra parte, en Rusia y en Alemania, la próxima guerra de agresión y desquite constituye la preocupación dominante. Desde el texto primario de lectura hasta el cinematógrafo popular, la canción de café, la pieza teatral, la cátedra universitaria: todo, en suma, fomenta el odio precursor. Por eso he dicho «desarme de Francia, Polonia y la Pequeña Entente», o sean las únicas entidades que lo harían de buena fe.

Mas aquí entrarán a contar nuevos factores.

Desde luego, el socialismo derrotista y traidor a favor de Alemania, como que es una rama del pangermanismo en plena restauración moral, conforme acaba de revelarlo Mussolini; auxiliado, todavía, por el radicalismo y el liberalismo, que son, doquiera, sus serviles fautores. Pues lo que está haciendo crisis en el mundo entero es la democracia, explotada por el concierto bárbaro, contra la civilización, que es la armonía jerárquica de la Cosa Latina.

Instalada como miembro permanente del Consejo, Alemania va a reclamar la revisión del Tratado de Versalles. Es propósito expreso que el socialismo del mundo entero apoya a título de apreciación equitativa sobre la responsabilidad de la guerra.

Ahora bien; la revisión es, positivamente, la reacción hacia el estado político de 1914: consecuencia que afectan no ver sectarios y demagogos. Y es el derecho a la aspiración pangermánica de las anexiones. En dos palabras, el escamoteo de la victoria.

Pues para plebe y barbarie lo odioso es, precisamente, la victoria. O, en otros términos, el predominio consiguiente de la disciplina y la latinidad. De aquí que en la Gran Bretaña exista una tendencia germanófila, de doble carácter étnico y doctrinario, aunque por ventura débil ante la dura realidad.

La noción de este peligro, que entraña la seguridad de la guerra, motiva dos actitudes que plantean ya la crisis, tal vez mortal, de la Liga: la recta y viril de Italia, en el caso de los alemanes del Tirol, y la solapada y contradictoria del radicalismo francés ante las consecuencias de su propio desacierto.

Es así que ahora, a fin de equilibrar en el Consejo el voto alemán, se pide la admisión de España, Polonia y un país sudamericano, que sería el Brasil: cosa factible, desde que, para el ingreso de Alemania, va a modificarse la composición de aquel cuerpo.

Pero ello reporta un triple inconveniente.

Desde luego, la modificación misma que trabará considerablemente la acción con el aumento de votos, sobre todo en la requerida unanimidad de las sanciones importantes. Después, el predominio que con ello se busca y la consiguiente intriga en permanencia, sinónima, a su vez, de incapacidad y de peligro. Por último, la reconstrucción de las alianzas que la Liga se proponía abolir mediante la asociación de todas las Naciones, en el seno de la misma sociedad...

El concepto de potencia viene a imponerse, pues, por sí mismo, sobre el propósito ideal de organizar una democracia de Naciones. Esto es ya el fin del ensueño wilsoniano.

Pero todavía plantea un dilema mucho más perentorio. O prospera el reacomodo francés, en cuyo caso Alemania se retira, alegando deslealtad, y seguida, a no dudarlo, por Austria, mientras la Gran Bretaña asume el veto a las otras nuevas admisiones; o triunfa la pretensión germánica de limitarse a la admisión de Alemania, que los británicos apoyan, y entonces Francia o Italia, o ambas las dos, se retiran a su vez. Es, desde luego, seguro que Italia no consentirá ningún desequilibrio favorable a Alemania, porque esto comportaría para ella la reapertura del problema austriaco, y porque su Gobierno, a diferencia del radicalismo francés, no está dispuesto a malograr la victoria.

El radicalismo francés llega tarde y mal a la encrucijada paradójica que le han formado la realidad y la ideología.

Si la perfección de la Liga se consigue con el ingreso de Alemania ¿por qué intenta evitar las consecuencias naturales de semejante operación? ¿Por qué percibe a destiempo, es decir, cuando ello adquiere el carácter de una maniobra desleal, el peligro de aquel paso?

Es que ello resulta un fruto de la capitulación con el socialismo. Este agente pangermánico—el socialismo es un invento alemán—colabora, así, al propósito germano-eslavo, o mejor dicho germano-ruso, de destruir la Liga, creándole el conflicto sin salida en que va encontrarse.

Y es que la soñada democracia de las Naciones resulta al fin tan quimérica como la otra. Lo real y positivo fué lo que dijo Mussolini cuando el bombardeo de Corfú: así como entre los individuos, hay también jerarquía entre las Naciones.

Toda Nación es, en efecto, una

expresión de potencia; y con ello, una imposición y un peligro permanentes, que requieren la permanencia de la fuerza armada.

Aquí apunta, por lo demás, otro riesgo que acarrearía la revisión del Tratado de Versalles: el derecho de Alemania para armarse como potencia, puesto que en tal carácter se la admitirá; es decir, un incremento de fuerza armada en Europa, aun bajo la relativa limitación del proyectado y para mí siempre imposible desarme.

En todo caso, ya se verá; pues no abrigo la pretensión de que se me crea bajo palabra.

Quien está en lo cierto es Mussolini, el hombre del destino y del porvenir.

Lejos de buscar una paz quimérica, es menester consumar la victoria. La Liga va a sucumbir por no haberlo comprendido, aunque dure un tiempo aun su cadáver parlante. El ingreso de Alemania en ella es el comienzo de su agonía.

(La Nación, Buenos Aires).

Ramiro de Maeztu discute el Mensaje de José Enrique Rodó

Las alas de Ariel



A poco de haber publicado su *Ariel* el señor Rodó, se oyó la protesta del peruano señor Riva Agüero: «¡Proponer la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada por el híbrido mestizaje con indios y negros; hablarle de recreo y juego libre de la fantasía a una raza que se muere de pereza!» El señor Riva Agüero hubiera preferido un ideal utilitario, que la fortificase contra la amenaza del Norte. Y la razón la tenían lo mismo el uruguayo que el peruano, sólo que algo más el señor Rodó que el señor Riva Agüero.

«¿No la veréis vosotros—había preguntado el señor Rodó—la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no sólo para las muchedumbres que se amparen a ella...?» En este punto ya se ha realizado el ideal; América está abierta al espíritu. Pero cuando pide, de añadidura, una América pensadora y activa, ¿qué es lo que falta para que se realice? El señor Rodó no estaba ciego a la necesidad del bienestar. Lo creía imprescindible para el reino del espíritu. Es verdad que desconocía la naturaleza del utilitarismo de los Estados Unidos. Su ignorancia teológica le impide penetrar en el secreto norteamericano. El poderío material no es meramente en los Estados Unidos un sostán de la vida espiritual, sino un signo de religiosidad y buena conducta. Por desconocer los resortes espirituales de los norteamericanos cae el señor Rodó en la tentación de acusarles de «radical ineptitud de selección», los califica de «encarnación del verbo utilitario», afirma que no consideran otra finalidad suprema que la del éxito, y anuncia que no serán jamás «eje del mundo», por no haberles concedido la Naturaleza «el genio de la propaganda, ni la vocación apostólica», todo lo cual es verdadero, hasta cierto punto, pero equivale a acusar a un médico de no ser abogado, o a un prosista de no escribir en verso.

El señor Rodó no advierte que al ideal que propone le falta un elemento esencial para ser no meramente convincente, sino satisfactorio. El pensador y estilista uruguayo entiende bien el saber, que fué Atenas; casi llega a entender el amor, que fué Jerusalén; pero no entiende, ni mucho ni poco, la fuerza, que fué Roma[1]. La fuerza, para el señor Rodó, no debió de ser más que un don del Cielo o una mera ventaja utilitaria. Su ideal es una síntesis de Atenas y de Jerusalén: «el ideal cristiano reconciliado de nuevo con la serena y luminosa alegría de la antigüedad». Quería la unión del sentimiento igualitario del cristianismo con los principios clásicos «del orden, de la jerarquía y el respeto religioso del genio». Pero que la fuerza, a la par que el amor y el saber, sea también un ideal moral obligatorio, porque gastar es fácil, pero ahorrar es difícil, y nada más sencillo que deshacer un Imperio y una civilización; pero nada requiere mayor esfuerzo que construirlos; de esto no podía tener la menor idea el señor Rodó, ni los hombres de raza española, hace un cuarto de siglo.

Lo cual no quita para que su *Ariel* sea un libro mágico, porque no se contentó con hacer crítica, sino que propuso un ideal constructivo: un continente. Cuando todavía duraba en América el ideal secesionista de desespañolización, el señor Rodó se atrevió a decir que los americanos latinos tienen «una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la Historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro». Para servir ésta misión histórica propone el señor Rodó el modelo de Ariel, que interpreta como la razon y el sentimiento superiores. Pero lo curioso, desde nuestras preocupaciones de ahora, es que los argumentos del Sr. Rodó son los mismos que se vienen alegando por los partidarios de la enseñanza clásica, y no pienso más que en Renán, en Fouillée y en *Clarín,* por ser los más cercanos.

El Sr. Rodó empieza por observar la disminución de la «juventud interior» de los héroes de novela en el curso del siglo XIX. Es el argumento de los enemigos del bachillerato enciclopédico: fatiga y no educa. El cantor de Ariel mantiene que lo primero que ha de cuidarse uno es de que «hay una profesión universal que es la del hombre». Estas son palabras de Guyau, que Renán hace suyas. Pero Guyau, a través de Fouillée, es el inspirador de la reforma clásica del bachillerato francés. Para combatir el utilitarismo y la especialización prematura apela el Sr. Rodó al argumento de que los hombres especializados prematuramente «vivirán separados por helados desiertos de los espíritus». De ahí la suprema importancia que los partidarios de la enseñanza clásica conceden a la educación en las generalidades, por contraste con las especialidades.

El Sr. Rodó apela a Comte para mostrar que la especialización espiritual, sin amplia base de generalidades, produce los mismos efectos de matar el espíritu que la excesiva especialización del trabajo obrero en los talleres. A esta atomización del hombre opone el Sr. Rodó el tipo del ateniense: «atleta en el gimnasio, ciudadano en Pnix, pensador en los pórticos». En medio de los afanes de la vida ha de guardar el hombre un rincón del espíritu para la meditación desinteresada, para el juego de las

1.—Véase en este tomo, entrega N.º 6, otro artículo del Sr. Maeztu y de la misma filiación ideológica: *Rodó y el Poder.*

ideas. Verdad que el Sr. Rodó no advierte que un día se cansan los griegos de jugar con las ideas, las toman en serio y formulan los dogmas de los credos cristianos. Pero el ideal integral del hombre es el que propugnan los partidarios del bachillerato clásico. Las ciencias, que son abstracciones y especializaciones, vendrán más tarde, dicen; al joven hay que presentarle la totalidad del hombre, y el hombre no se ha presentado nunca tan completo, con alma y cuerpo tan unificados, como en el mundo clásico.

Aún emplea el Sr. Rodó otro argumento de los clasicistas. La democracia sin ideal no puede conducir sino a la mediocridad, dice el Sr. Rodó, y no podrá tener ideal si se la abandona a sí misma y carece de la «constante rectificación de una autoridad moral que la depure». Es, pues, preciso que la democracia tenga su aristocracia. Al dicho argentino de que gobernar es poblar, opone el Sr. Rodó una rectificación. Poblar, sí; pero «asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después». «La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización, según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral». Esta es la función de la segunda enseñanza, que los clasicistas preconizan. Educar y seleccionar, mejor dicho, seleccionar, primero, por medio de sus exámenes de ingreso, y educar luego en disciplinas desinteresadas a los seleccionados y continuar la selección al fin de cada curso. Ha de ser una criba, que sólo guarde a los que lo merezcan.

Pero aquí empiezan a perder precisión las ideas del Sr. Rodó. La selección con que sueña ha de fundarse en el libre consentimiento de los asociados. Excusado añadir que por ese procedimiento no se llega nunca a elegir a nadie con justicia. Si no sería posible designar a los campeones de futbol por consentimiento libre de los futbolistas, tampoco lo es decir por ese método quiénes han de ser los médicos, los profesores, los ingenieros de un país. El Sr. Rodó cree en la escuela, como todos creemos; no ha llegado a ver en el establecimiento de segunda enseñanza el instrumento de educación y selección que necesita su ideal. Tampoco ve claro en la necesidad del sistema y del método para la realización de un fin. Su ideal es una vibración de las estrellas, que de la altura baja al pueblo. Ha adivinado las razones para la enseñanza clásica, pero no ha pensado en la enseñanza misma, que es, sin embargo, el órgano de selección y educación que sus propósitos requieren. Y por eso su Ariel queda en el aire, y a diferencia del de Shakespeare, que es todo actividad, el suyo aguarda silencioso en las región de las larvas, alma en pena, que no saldrá del purgatorio para servir a América y al mundo hasta que algún Próspero acierte a ponerle las alas y las manos.

RAMIRO DE MAEZTU

(El Sol, Madrid.)

Ariel y Caliban

Mucha razón tenemos los españoles para quejarnos de los juicios que en el extranjero se tienen de nosotros. Mayor la tendrían, por la misma causa, los ingleses y norteamericanos, si no fuera que su exaltada posición los hace punto menos que indiferentes a las censuras. Pero este mismo momento de esplendor en que se encuentran los dos países anglosajones, y sobre todo los norteamericanos, hace más graves los errores de estimativa. La falta de comprensión del pueblo norteamericano equivale a la incomprensión de los caminos que conducen al éxito a los pueblos.

No sé cuánto tiempo tardará en salirnos a los países de lengua española un escritor en que se reunan las dotes de Enrique Rodó: la magia del suave estilo, junto a la caridad apostólica y al patriotismo de la raza. Pero no se ha cometido injusticia mayor que la suya cuando vino a pintarnos a Ariel, genio de los aires, como Angel de la Guarda de los pueblos hispánicos, en tanto que los anglosajones han de abandonarse a los apetitos de Caliban, genio de la tierra y la putrefacción. Los norteamericanos cultos se ríen cuando se les habla de la tesis de Rodó. Hacen bien en reírse. Somos los demás los que tendremos que llorar el error nuestro, hasta que logremos sacudirnos las telarañas de los ojos.

Los Estados Unidos son uno de los pueblos más cultos del mundo desde mucho antes de su fundación. Se ha hecho la estadística de que entre los años 1630 y 1690 había en la Nueva Inglaterra tantos graduados de las Universidades de Oxford y Cambridge como podían encontrarse, en una población igualmente numerosa, en cualquier región de Inglaterra, la capital inclusive. En Massachusetts y Connecticut había un graduado de Cambridge por cada 250 habitantes. Estos hombres saturados de clasicismo fueron los que poco a poco extendieron la estrecha costa atlántica de civilización, arrancaron al piel roja y a la naturaleza bruta el dominio de América, se abrieron camino al través de los montes y los ríos, se extendieron por las mesetas del centro del país, pelearon la guerra civil y al fin plantaron, con las magníficas Universidades del Oeste, su fe en Virgilio y en Platón, en las orillas mismas del Pacífico.

No puede abrirse un periódico norteamericano, ni mucho menos leerse veinte o treinta números sucesivos, sin que nos sorprenda el gran espacio que ocupan en el espíritu general del país los colegios y las universidades. La fe en la educación está ligada en los Estados Unidos, desde los tiempos coloniales, a la fe religiosa. La casa-escuela fué tan sagrada como la casa de reuniones *(meeting-house)*, que es como los puritanos llamaban a sus lugares de culto, para no cometer el pecado de poner un nombre divino a una institución humana. La magnificencia norteamericana de la filantropía privada para obras de educación constituye actualmente una de las grandes maravillas del mundo. El otro día publicaban los diarios una lista de los colegios y las universidades que poseen fondos superiores a un millón de dólares. Eran más de ciento, y alguna de estas instituciones poseía de renta más del millón de dólares. Acabo de pasar frente a la Biblioteca de Nueva York. En la fachada lleva los nombres de los donantes fundadores: uno es Astor, otro es Lennox y el tercero es Tilden. Esta mañana he visitado el Museo Metropolitano. Cada una de sus salas es regalo de algún donante, y el Museo se está rápidamente convirtiendo en una de las Pinacotecas más importantes del mundo. ¿Es este el espíritu de Caliban? ¿Se caracteriza el materialismo por el culto de las cosas del espíritu?

Viceversa: esta incapacidad relativa nuestra para la prosperidad material, ¿se debe indefectiblemente a que nos absorba el espíritu de Ariel? En estos años últimos hemos visto desplomarse algunas de las instituciones bancarias de mayor prestigio, lo mismo en España que en Cuba y en la América continental ibérica. ¿Se debe la quiebra de esos Bancos al espíritu soñador de sus gerentes? ¿Consiste el sueño en arramplarse los valores de depósitos? ¿Procede la quiebra de que los directores de estas Empresas fueron hombres de educación exclusivamente literaria y artística? La verdad verdadera, y dolorosa, es que estos Bancos han quebrado por hallarse en manos rapaces, que obedecían a cerebros sin otro lema de conducta moral que el de no hacer el primo. Mientras en los Estados Unidos y en Inglaterra se arraigan y florecen instituciones bancarias dirigidas por hombres de educación liberal, con una visión

amplia y desinteresada de los negocios del mundo, en los pueblos hispánicos se deshacen los Bancos por estar en manos de practicones ignorantes, sin otro mundo interior que el de sus apetitos.

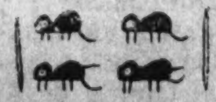
Esta es la verdad de que tenemos que hacernos cargo. El Gobierno de las cosas materiales no es ya materia, sino espíritu. Lo que puede decirse, a título de reproche, contra los Estados Unidos, es que su inmenso aparato educativo no rinde en genialidad y obra superior todo lo que en Europa podría esperarse de tan formidable maquinaria. La razón de ello es, me parece, doble: de una parte, el hecho de que los Estados Unidos son una democracia que se interesa más en elevar el nivel medio del pueblo que en formarse una aristocracia intelectual, cuyo refinamiento la separe del resto del país. Y la segunda razón, aún más importante y decisiva, es que el talento norteamericano ha tenido que invertirse en la empresa de abrir acceso al hombre a los recursos de un continente virgen.

Esta ha sido la tarea por hacer, del mismo modo que en los siglos que duró en España la guerra contra los moros tuvieron que ocuparse las naturalezas selectas, señoriles, en pelear contra los invasores, que es la razón de que España no contribuyese grandemente a la disputa medieval entre realistas y nominalistas con que se preparó la sutileza intelectual que, en la hora del Renacimiento, descubriría los métodos de ir arrancando a la naturaleza sus secretos. Así en los Estados Unidos las naturalezas de excepción, los mejores, se han dedicado a los negocios o a *pioneers,* a exploradores de las riquezas de los nuevos Estados y territorios.

Los que se han quedado en colegios y universidades, exclusivamente consagrados a tareas intelectuales, no eran los mejores ni los más estimados en el país. Hasta me atreveré a decir que la palabra «intelectual» lleva en los Estados Unidos implícita cierta significación peyorativa. Casi diría que entraña cierto sentido de afeminamiento. Lo que ocurre, en resumen, es que la educación se entiende como una preparación para la vida activa más que para la contemplativa. Pero es Ariel, y no Caliban, quien dirige los Bancos y los Ferrocarriles. Y por su clarividencia crecen y prosperan.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol,* Madrid).



Los Estados Unidos y J. Enrique Rodó

El ilustre escritor Ramiro de Maeztu, en un artículo publicado en *El Sol,* y titulado *Ariel y Caliban,* cita a José Enrique Rodó, famoso escritor uruguayo, con motivo de ciertas apreciaciones sobre los norteamericanos. Tiene el recuerdo del brillante pensador hispánico una cosa sumamente halagadora para la memoria de Rodó y otra que considero injusta y derivada de una errónea interpretación de lo que el autor de *Ariel* ha dicho sobre los Estados Unidos en su bellísimo libro de mágico estilo y de honda inquietud idealista.

Dice Ramiro de Maeztu: «No sé cuanto tiempo tardará en salirnos a los países de lengua española un escritor en que se reunan las dotes de Enrique Rodó: la magia del suave estilo, junto a la calidad apostólica y y al patriotismo de la raza. Pero no se ha cometido injusticia mayor que la suya cuando vino a pintarnos a Ariel, genio de los aires, como Angel de la Guarda de los pueblos hispánicos, en tanto que los anglosajones han de abandonarse a los apetitos de Caliban, genio de la Tierra y la putrefacción. Los norteamericanos cultos se ríen cuando se les habla de la tesis de Rodó. Hacen bien en reírse. Somos los demás los que tendremos que llorar el error nuestro, hasta que logremos sacudirnos las telarañas de los ojos.»

Es natural que los norteamericanos se rían cuando se les habla de esa «tesis» de Rodó, que no es la verdadera tesis de Rodó. Este escritor no ha sostenido nunca lo que dice Ramiro de Maeztu, a quien tanto admiro, ni en *Ariel,* ni en ninguno de sus libros. Jamás ha negado Rodó la cultura de los Estados Unidos, ni jamás ha dicho que los anglosajones «han de abandonarse a los apetitos de Caliban» y todo lo que referente a esa cultura afirma Ramiro de Maeztu lo hubiera suscrito el escritor uruguayo con mucho entusiasmo.

Pero una cosa es la cultura de que habla en su artículo Ramiro de Maeztu y otra el ideal que predicaba Rodó en su *Ariel.* El propio Ramiro de Maeztu deja entrever algo de esta diferencia al final de su artículo:

«Lo que puede decirse—dice—a título de reproche, contra los Estados Unidos es que su inmenso aparato educativo no rinde en genialidad y obra superior todo lo que en Europa podría esperarse de tan formidable maquinaria. La razón de ello es, me parece, doble: de una parte, el hecho de que los Estados Unidos son una democracia que se interesa más en elevar el nivel medio del pueblo que en formarse una aristocracia intelectual cuyo refinamiento la separe del resto del país. Y la segunda razón, aún más importante y decisiva, es que el talento norteamericano ha tenido que invertirse en la empresa de abrir acceso al hombre a los recursos de un continente virgen».

Una cosa, pues, es esa cultura media y extendida del pueblo de los Estados Unidos, con una finalidad práctica y utilitaria, sin grandes expansiones, por decirlo así, de belleza y de desinterés, y otra lo que Rodó echaba de menos en ese pueblo inmenso, digno de ser admirado por más de un concepto.

«Carecen—dice Rodó—de ese don superior de «amabilidad»—en alto sentido—, de ese extraordinario poder de simpatía con que las razas que han sido dotadas de un cometido providencial de educación saben hacer de su cultura algo parecido a la belleza de la Helena clásica, en la que todos creían reconocer un rasgo propio. Aquella civilización puede abundar o abunda indudablemente en sugestiones y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto; pero es difícil que cuando el extranjero divisa de alta mar su gigantesco símbolo: la Libertad, de Bartholdi, que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, se despierte en su ánimo la emoción profunda y religiosa con que el viajero antiguo debía ver surgir, en las noches diáfanas del Atica, el toque luminoso que la lanza de oro de Atenea del Acrópolis dejaba notar a la distancia en la pureza del ambiente sereno».

«Los admiro, pero no los amo», dice en otra parte de su armonioso libro. Rodó fué un escritor delicado, exquisito, en cuyas ideas hay que distinguir siempre el matiz, la *nuance.* Buen cuidado tenía él, antes de escribir sobre alguna cosa, de documentarse escrupulosamente y de estudiar pacientemente. Lo que Rodó afirma sobre los norteamericanos puede considerarse, al menos por ahora, como un juicio exacto sobre el gran pueblo, como así lo han reconocido muchos comentadores de su obra.

Rodó habla de Caliban, el fantástico y salvaje ser que figura en *La Tempestad,* de Shakespeare, no para afirmar que los Estados Unidos han de abandonarse a los apetitos del monstruo, sino para ponerlo en oposición a Ariel, espíritu alado, genio del aire, otro personaje fantástico de *La Tempestad.*

Cuando reflexionaba yo sobre el artículo de Ramiro de Maeztu y sobre las ideas de Rodó expresadas en *Ariel* me sorprendió gratamente otro

artículo del primero acerca de los Estados Unidos, titulado: *Las dos voces.* En ese artículo Maeztu confirma la tesis verdadera (no la tesis que él le atribuye) de Rodó. Dice el sagaz articulista: «La voz de la Nueva Inglaterra es la de la cultura superior. Esta es la tradición de la Nueva Inglaterra. Es el país de los letrados y de los doctores. Verdad que los más de ellos tuvieron que dedicarse a los negocios de la vida práctica, porque los tiempos les depararon todo un continente por explorar. La razon de que han progresado tanto los negocios en la Nueva Inglaterra, ¿no consistirá precisamente en que los llevan graduados de filosofía y letras, más numerosos en aquel país que ningún otro? Dadle a un hombre la vida interior, y si se persuade de que tiene que dirigir un Banco o una industria lo hará mejor que nadie. Pero ahora sienten los graduados de la Nueva Inglaterra que les ha llegado la hora de consagrarse exclusivamente a su peculiar negocio, que es la cultura superior. El país está ya inmensamente rico. ¿Por qué no ha de dedicar sus energías superiores al arte o a la ciencia?»

Hasta ahora, pues, como lo deja entrever el propio Ramiro de Maeztu, Ariel, genio del aire y símbolo de una espiritualidad exquisita, en el concepto de Rodó, se halla mezclado en los Estados Unidos a los negocios y no se remonta, que digamos, a grandes alturas.

Creo que *Ariel,* el libro de Rodó. ha sido traducido ya al inglés. Los norteamericanos que lo lean con atencion no se reirán ya de la tesis de Rodó, sencillamente porque encontrarán en él una tesis muy distinta de la que señala Ramiro de Maeztu en su artículo. El amor de Rodó a los pueblos hispánicos, y, sobre todo, a España, no lo cegó hasta el punto de desconocer las grandes cualidades de otros pueblos; ni el fino espíritu de observación y de crítica de que estaba dotado lo hubiera dejado incurrir en apasionamientos injustos. El patriotismo de la raza, unido a la caridad apostólica, dos cualidades excelsas que Ramiro de Maeztu reconoce en él, dejaron siempre abierto su espíritu a la más alta comprensión. Gustó de todas las bellezas, de todas las escuelas, de todas las doctrinas y de todas las actividades en que resplandeciera una aspiración hacia el bien, hacia el mejoramiento. Por ello fué grande, fué magnífico, y por ello, como hispano-americano y como compatriota del autor de *Ariel,* me enorgullezco cuando plumas tan prestigiosas como la de Ramiro de Maeztu lo ensalzan, aunque interpretando erróneamente algunas de sus ideas.

HORACIO MALDONADO

(El Sol, Madrid).

Exito y fracaso

Si no fuera porque en estos siglos no suelen nacer los ideales en los pueblos hispánicos sino por lo que piensan de los extranjeros, no valdría la pena de insistir sobre el error en que incurre el Sr. Rodó al juzgar en su *Ariel* la civilización norteamericana. El Sr. Maldonado se quedaría con la rectificación que tan amablemente me hizo hace algunas semanas, y yo agradecido por su cortesía. Pero ocurre que *Ariel* es precisamente uno de los intentos máximos que se han hecho para abrir camino de perfección a pueblos de nuestra habla. Es obra clásica por la dignidad del estilo, la elevación del propósito y la generosidad con que trata al ideal hostil. Y no le puedo dejar a D. Horacio Maldonado en el error de suponer que la idea que Rodó tuvo de los Estados Unidos se ajuste a la verdad.

Verdad que el Sr. Rodó no dijo que los anglosajones de América «hayan de abandonarse a los apetitos de Caliban». No lo dijo con esas palabras. Lo dice en el conjunto de las páginas de *Ariel.* Esa, y no otra, es la tesis de un libro que establece el contraste entre dos conceptos de civilización o de cultura (no acepto la oposición de estas dos ideas): la utilitaria y la liberal; que muestra el ejemplo de los Estados Unidos como tipo de civilización utilitaria; que alza ante la América latina el ideal del pensamiento y del arte, y que simboliza este contraste en los dos genios de que el Próspero de *La Tempestad* se servía: el aéreo Ariel y el terrestre Calibán, que no sirve sino para desempeñar faenas serviles: «encender el fuego y buscar leña», dice Shakespeare, exactamente lo mismo que Rodó desearía que se hiciera con la cultura norteamericana: «que el oro acumulado por el mercantilismo sirva, en último término, a la causa de Ariel».

Ariel se publicó en 1900. Aunque obra breve, se escribió despacio. No sería aventurado imaginarse que todo el tiempo que medió entre la batalla naval de Santiago de Cuba y su impresión lo dedicó Rodó a pensarla y escribirla. *Ariel* pertenece a la literatura «regeneracionista». Es el brote suramericano del 98 español. Lo digo, naturalmente en honor suyo. Las almas hispano-americanas presencian desde lejos el desarbolamiento del viejo navío de la madre patria. Los ojos se vuelven hacia el bajel victorioso, que ha operado la descalabradura, y Rodó dice en su libro: «No imitéis al vencedor: alzad más alto la mirada». No hace falta decir la profunda simpatía que su intención ha de inspirarnos. Razón de más para prevenirnos contra el yerro en que cae al definir la civilización de Norteamérica.

El error central consiste en tomar el accidente por la esencia, la añadidura por el reino de Dios, el signo por la cosa, la riqueza por el espíritu. Del hecho de que los Estados Unidos sean ricos infiere Rodó que no se han propuesto principalmente otra cosa. Nos dice que la civilización norteamericana es utilitaria, y nos lo prueba por la monta y difusión de sus caudales. Se engaña en el mismo espejismo que ha falseado los juicios de tantos centenares de observadores. Como buen latino no ha podido creer que la riqueza sea la añadidura con que se encuentra el que persigue el reino de Dios. En el fondo su *Ariel* me hace pensar en el impávido cinismo con que Salvador María Granés recorría las calles madrileñas vociferando: «¿Quiere usted ser rico? ¡Pues falsifique testamentos, envenene a una tía propietaria, hágase tutor de huérfanos y déjelos sin hacienda, dedíquese al pacto de retro! ¡Así se hace dinero!» Perdón, D. Salvador: así podrán enriquecerse algunos individuos, pero los pueblos se empobrecen. Como de verdad se hace dinero, porque una cosa es hacer dinero y otra robarlo, es alumbrando o elaborando riquezas naturales, o mejorando el rendimiento del trabajo. Así es como los hombres se enriquecen, enriqueciendo al mismo tiempo a los demás. Y esta riqueza general es la fecunda y la segura.

Rodó se burla en *Ariel* de un libro norteamericano en que se preconiza el éxito «como finalidad suprema de la vida». Se asombra de que «la puritana Boston» acoja este avangelio del éxito «como una nueva ley moral». Y es cierto que se publican en el mundo muchos libros estultos. Pero el asombro delata ignorancia de la esencia de la cultura anglosajona. Porque es natural que el puritanismo acoja con simpatía la apología del éxito, porque el éxito, cuando legítimo, es en las sectas puritanas precisamente el signo de la gracia. Ya a principios del siglo XVIII preveía Wesley, fundador del metodismo, el enriquecimiento de su secta, la más poderosa en Norteamérica. Y el año pasado preguntaba un puritano a un socialista: «¿De cuando acá es la pobreza la marca de fábrica de la rectitud?»

Precisamente porque el éxito es considerado signo de valor espiritual es por lo que, cuando se quiso dar al hispanófilo Mr. Cunninghame Grame un título picante y escandaloso, se le llamó «apóstol del fracaso», quizás para castigarlo por su excesiva afición a pueblos como el de España, de quien dijo Gabriela Mistral que somos «buenos perdedores». Este culto del éxito de los pueblos anglosajones es, claro está, indirecto. No creen que por el camino del éxito se llegue al reino de Dios, pero sí que por el camino del reino de Dios se llega al éxito. Porque si uno trabaja a conciencia, y carece de vicios, y hace ahorros, y emplea bien lo ahorrado, ¿cómo podrá evitarse que prospere? El dinero no se hace por codicia. Los árabes son más codiciosos que los norteamericanos, pero no son tan laboriosos. Los chinos son más codiciosos y más trabajadores, pero no tienen la misma afición a la ciencia que los norteamericanos, y carecen por tanto, de su técnica. El utilitarismo no crea necesariamente la utilidad. La utilidad surge también del ascetismo o del juego inventivo de la mente.

Han pasado veinticinco años desde que se escribió *Ariel*. Suramérica sigue pensando de Norteamérica poco más o menos lo que el Sr. Rodó. Hoy los Estados Unidos se vanaglorían de tener los mejores poetas, dramaturgos, novelistas, pintores, escultores, arquitectos, filósofos, periódicos, revistas y teatros. Entre tanto, una República de nuestra habla se dedica a producir plátanos para el mercado norteamericano. Otra fabrica azúcar para venderlo en Nueva York al precio irrisorio de dos centavos la libra. Otra se dedica a extraer petróleo para los automóviles norteamericanos. Si se descuida el señor Maldonado verá la patria suya dedicada a criar ganado para que se lo coman los artistas de Chicago. Y como esto es lo que me duele, me parece necesario y urgente enterarnos de que el éxito no se logra si no se honra, que es la razón de que no lo alcancemos los pueblos hispánicos, ni tampoco se alcanza dedicándose a conseguirlo por todos los medios y consagrando el alma a la diosa utilidad, que es lo que imaginamos que hacen los norteamericanos; pero lo que no hacen, para fortuna suya.

RAMIRO DE MAEZTU

(El Sol, Madrid).

Serenidad y gracia

Serenidad y gracia he hallado por doquier:
en el árbol que daba su sombra al caminante,
y en la mirada amable de la hermosa mujer
de suelta cabellera, que me miró un instante,
y se perdió en la gloria de aquel atardecer!

En la rosa de fuego que enjoyó la mañana
como rubí encendido de cálido fulgor,
y en la luz cristalina de la estrella lejana
que en la quietud nocturna se abría como una flor
divinamente pura, fraternalmente humana!

Serenidad tenían las frases del anciano,
y gracia las primeras palabras infantiles;
una gracia indecible hallé en las blancas manos
de la Amada, ¡diríanse de luna y de jazmines
tejiendo la armonía secreta del pïano!

Los soles otoñales, la noble ancianidad,
la mujer que ha llevado un hijo en sus entrañas,
la frente que ha tenido la luz de la verdad,
todas las cosas grandes, el cielo, las montañas,
tienen el gesto firme de la serenidad!

Y todo lo que es puro, risueño, sin dolor,
los niños y las flores y las mujeres bellas
que tienen de la aurora su encanto y su fulgor,
los árboles, las fuentes, los pájaros y estrellas
están llenos de gracia gentil, y de candor!

CARLOS LUIS SÁENZ

San José, Costa Rica. 19—XII—21.

Han caído las hojas...

(Del libro en preparación, *Hojas muertas*).

Madre, han caído las hojas
sobre el estanque tan verde
que como un sueño de amores
bajo los árboles duerme.
Mira: han caído las hojas
en el estanque tranquilo,
como un puñado de rosas
o de pétalos marchitos...
y mira cuántos que llevan
sobre sus rizos las ondas
como ilusiones muertas
lleva el correr de las horas...
Ellas son hojas marchitas
que van en la tarde huérfanas
como las almas perdidas
van sin amor en la tierra.

¿No miras, madre, las aguas
cómo se tornan en iris
y en el crepúsculo sangra
el corazón de las linfas...?
Mira: contempla el rebaño
donde las mansas ovejas
en el estanque abrevando
turban sus aguas serenas;
mientras sus claras pupilas
copian del agua la sangre,
son como rosas sangrientas
en la agonía de la tarde...
Y el ángelus, a lo lejos,
que melancólico suena
a la oración y a los rezos
invita desde la Iglesia;
mientras las altas encinas
con su murmullo tan sordo
a los pájaros convidan
al apacible reposo.

El crepúsculo agoniza
entre sombras y tinieblas
en tanto del sol iris
apaga sus luces bellas.

Vámonos, madre, anochece.
El sol ya lento declina
mientras su luz cuando muere
sobre los montes expira...
Cuando ya muera la tarde
sobre los campos dormidos,
florecerán en mi alma
para tu amor los suspiros.
Y cuando el sol sus fulgores
en el ocaso ya hunda,
serán tus ojos dos soles
que no se apagarán nunca...!

Vámonos al hogar tranquilo
bajo el ciprés todo verde,
que tu seno será un nido...
yo el pájaro que duerme.
Y en el hogar rezaremos
al sollozar de la brisa
por el pájaro que ha muerto
y por las hojas marchitas.
....
En tanto caerán las hojas
en la agonía de la tarde
como un puñado de rosas
sobre el sueño del estanque...

F. CENTENO GÜELL

San José, Costa Rica, 26.

RECUERDOS



Rubén Darío

Caricatura de García Cabral

Don Arturo Torres Rioseco, chileno, profesor de la Universidad yanqui de Minneápolis, se propone escribir la biografía de Rubén Darío, y me hace el obsequio de inquirir el género de relaciones que hubo entre el magnífico poeta y yo. ¡Esta sola pregunta me ha hecho remover tantos recuerdos!

«He sabido por algunos amigos de Rubén—me escribe el Sr. Rioseco—que entre usted y el gran poeta de Nicaragua existió siempre cierta rivalidad, que algunas veces produjo desagradables incidentes».

Tales informes son errados.

Creo poseer aquella virtud de que habló Carlyle: la de saber admirar a uno más grande que nosotros.

Jamás tuve rivalidades con Rubén, a quien un tiempo quise mucho y a quien siempre admiré como a un altísimo poeta, como a un maestro. Mío lo fué. Máxime en los principios de mi carrera. Sin Rubén Darío, ni yo ni muchos otros —aunque lo callemos, mezquinos — seríamos lo que somos... Andando el tiempo, y ya en la plenitud de mi sazón intelectual, yo tomé por caminos diferentes a los de Rubén, y no sólo diferentes sino antagónicos.

Yo soy un modesto escritor criollista, que aspiro a lo humano, a lo univeral, a lo eterno, por lo propio de mi ser, de mi tierra, de mi lengua y de mi raza. El es un magno poeta a la europea, un exotista, un desarraigado.

Darío logró desviarme, por algún tiempo, del rumbo inicial que el instinto me deparó, y al que he vuelto, años después, orientando el ciego instinto de antaño por las claridades de la experiencia.

Esto no es negar mi deuda con Darío. Le debo muchísimo: Le debo el haber afinado mis nervios, haciéndolos aptos para levedades y gracias, que por sí propios, sin Rubén, no hubiera captado, gozado ni comprendido nunca. Eso, que parece poco, es inmenso. Es algo sustantivo, definitivo, a lo que ya jamás podría renunciar, aunque lo quisiese.

El antagonismo entre la estética de Rubén y la estética por que yo propugno se advertirá en mi largo prólogo—tan injusto con Rubén—a la *Antología de poetas modernistas de América*, (París, Garnier, 1912).

Pero, en honor del poeta y por ser de justicia, pongamos los puntos sobre las íes.

Rubén Darío fué creador, en América y en España, de una nueva sensibilidad, de un nuevo tono lírico, y en este sentido, los escritores jóvenes de su tiempo, tanto en España como en América, le debemos todos mucho.

* *

¿Mis relaciones con Rubén? Estuvimos muy unidos desde principios de 1901 hasta fines de 1904, época durante la cual vivíamos ambos en París.

En 1907 volví a Francia; nuestra amistad siguió cordial, estrecha. Regresé a mi país y luego volví a Europa en 1910. Entonces rompimos.

Salvo cierta nubecilla de incomprensión y de champaña, la noche de nuestro conocimiento en el *bar* de Calisaya, hoy desaparecido—y que recordarán en España Manuel y Antonio Machado, Luis Bello, García Martí y el actor Ricardo Calvo—, no creo que volviésemos, durante once o doce años de amistad, a tener diferencia alguna.

Y eso que Rubén, cuando tomaba se ponía insufrible. Muy cortés antes de apurar la primera copa, ¡qué cambio, a veces, después de algunos tragos! Nervioso, irascible, respondía con violencia, decía y hacía cosas tontas, más bien pueriles que perversas. Una tarde, en su casa, desnudo y envuelto en una sábana, estuvo paseándose por la escalera, con escándalo de la portera y regocijo de las vecinas. Cierta noche, en el *Moulin Rouge*, echó mano al bolsillo, sacó las tarjetas de visita y empezó a repartirlas entre los espectadores, Costó trabajo hacerle embolsillar su carterita y arrancarlo de allí. Cuando se le preguntó el motivo de aquel acto absurdo, respondió:

—Para que sepan..., para que sepan. Estos franceses se imaginan que yo soy un burgués.

En estado normal era gratísima su compañía, no porque hablase mucho ni bien, sino porque oía con atención inteligente, y entrecerrando sus ojillos negros, pequeños, muy luminosos, muy parpadeantes. De cuando en cuando alguna reflexión inesperada abría horizontes nuevos sobre el asunto. En otras ocasiones disparaba preguntas o exclamaciones infantiles.

En el fondo era un niño, un niño sublime. Pocas veces contradecía. Era tolerante. Sabía tornear sus argumentos con discresión diplomática, sin cejar en sus ideas ni menospreciar

las del oponente. Ni en política, ni en filosofía estuvimos jamás de acuerdo. «Desrazonábamos a la luz de la luna», dirá él de nuestras charlas en el prólogo de *Pequeña ópera lírica,* y apuntará diferencias: «yo creyendo en Jesús santo y él no».

Sentía vivo placer por los temas voluptuosos, sin caer jamás en vulgaridades. En este punto, lo comprendía, lo disculpaba y lo admiraba todo. Su exasperado sensualismo era, para la época en que nos conocimos, más imaginativo que práctico. Zola y Gourmont fueron así. D. Enrique Díez-Canedo, a quien hay indefectiblemente que referirse cuando se trata de poetas contemporáneos, máxime en lengua española, habla de refilón, con su habitual agudeza, de la sensualidad convertida por los poetas americanos en elemento de arte, (Prólogo a la traducción española de los *Estudios,* de Isaac Goldberg, sobre literatura hispano-americana, Madrid).

Era Rubén Darío muy sugestionable. Le faltó siempre carácter. Cualquiera podía influir en Rubén, aunque no literariamente. Era el ser menos levantisco, menos revolucionario del mundo. Todo lo estampillado, lo oficial, merecía su aquiescencia y su venia. Es curioso que a un hombre así le haya tocado ser abanderado de un movimiento subversivo, de un movimiento de revolución literaria. Busco una explicación y pienso: Quizás su maravilloso temperamento de artista del verbo—tanto en verso como en prosa—estuviese por encima y por fuera de su voluntad. Leyó a los franceses, a los italianos, a los portugueses; su fina sensibilidad se contagió de hermosura exótica, trató de trasplantar a su lengua los procedimientos extraños; el temperamento, su maravillosa capacidad de expresión, hizo lo demás. De la noche a la mañana se encontró, por obra y gracia de sus nervios, creador de belleza nueva, con expresión española.

No me explico de otro modo el revolucionarismo literario de Rubén. En política, no sólo fué conservador, aun fuera de cualquier partido, sino servil. Fué cantor y servidor de tiranos. Núñez, en Colombia; Zelaya, en Nicaragua; de otros, microscópicos. Aduló a Porfirio Díaz, en Méjico: a Mitre, en Buenos Aires; a los *pelucones,* en Chile; a los yanquis, en Norteamérica. Aun las esposas de algunos magnates, como doña Blanca de Zelaya, merecieron acrósticos y sonetos de Rubén.

Jamás amó la libertad ni, en el fondo, a nuestra América. «Lo bello en política es la Monarquía», escribió, incapaz de comprender la belleza de la justicia y de la libertad. Lo deslumbraban exterioridades: la corona, el manto de armiño, las cuatro planchas cubiertas de terciopelo carmesí. La poesía de las Cortes se reducía para el poeta a las voluptuosidades del ojo y la imaginación; poesía teatral y versallesca de lindas mujeres, entre encajes y sedas, cubiertas de vicios y de joyas, capaces de todos los pecados. Amaba el lujo y la fuerza. ¡Qué le importaba a Rubén, tan apolíneo, todo armonía de espíritu, que el gesto regio lo hiciera la quijada monstruosa de un Hapsburgo, o la nariz absurda de un Borbón, o la cabeza de mosquito de un Braganza, o el histriónico Hohenzollern, o el malvado Calígula! El siempre encontrará motivos de admiración. Admirará a Calígula por su vesania; al Hohenzollern, por su histrionismo; al Braganza, por su vacío cerebral; al Borbón, por sus narices; al Habsburgo, por su mandíbula.

En cuanto a América, tenían razón los que en la tertulia de Rodó, negaban que fuese Rubén nuestro poeta representativo. Un día, en 1883, le encargó el Presidente de El Salvador, país en que a la sazón estaba Rubén, un poema para conmemorar el primer centenario del natalicio de Bolívar. Versos de encargo, versos no sentidos, versos pésimos. Rubén celebra en las primeras estrofas al héroe y a la gloria; en todas las restantes, que son muchas, no canta sino al Presidente, que lo paga, y a El Salvador, que lo alberga.

Sentía por la fuerza, la riqueza y las pezuñas de los yanquis un respeto que yo —como se sabe—nunca he compartido. Después cambió un poco, muy poco, ¡qué poco! Nuestra amistad acaso no fué extraña al cambio. Darío que compuso la arrastrada *Salutación al águila,* le arrancó después unas cuantas plumas de la cola al pajarraco, y se las arrancó con altivez de verdadero poeta de una raza. Recordad el ¡hola, pillo! *A Roosevelt,* aquel poema que Howard B. Macdonald llama exageradamente «el más fuerte himno al odio».

Un día llego a su casa; me lo encuentro muy finchado, muy currutaco.

—¿Adónde va, Rubén, de veinticinco alfileres?

—Voy a ver a doña Zoila.

Aquella doña Zoila, de paso en París, era la esposa del dictador venezalano Cipriano Castro. Rubén no conocía ni a doña Zoila ni a Castro, ni a Venezuela. Tampoco esperaba nada ni de Venezuela, ni de Castro, ni de Zoila. Espontáneo doblar de rodillas. Necesidad de curvar el espinazo. Me costó trabajo disuadirlo de aquella inútil pleitesía a la mujer de un dictador.

* *

Con tantas divergencias de carácter y de ideología, parece que no existiera *humus* propicio donde arraigar y fructificar nuestra amistad.

Fué muy estrecha y muy cordial, con todo. Yo sentía por él una mezcla de admiración y gratitud. Aun en sus momentos más lamentables, siempre recordé que el resplandor de aquel cerebro iluminaba el camino de nuestra generación; que aquellas manos producían sublime hermosura, y que aquella barbilla castaña y aquel pálido rostro, entre socrático y mongólico, eran la máscara vulgar de un poeta de genio.

Además, Rubén, en el fondo, era bueno. En el fondo y en la superficie, salvo momentos de exaltación alcohólica.

Jamás he visto hombre menos pedante, ni menos envidioso. Admiraba a unos cuantos, estimaba a otros cuantos, reía de algnnos. Así deben reír los dioses: paternalicios, benévolos.

Envidia, nunca, a nadie. Se placía en el triunfo de los demás, seguro de que nadie podía hacerle sombra. Llenos están sus libros de alabanzas a los grandes, a los medianos, aun a los chicos. El sabía lo que valían su opinión y sus loas. No por eso las pesó siempre en balanza de farmacéutico.

Su desprecio solía ser épico; tan sincero como profundo.

Aquel sujeto bilioso y pésimo cronista, sulfato de pequeñez, envidioso hasta el verdor, *Fray Candil,* lo llamó una vez, en un diario de Madrid, mal poeta. Rubén se sonrió, con una sonrisa socrática, cargada de sabiduría y de entrañable desdén, y sólo hizo este comento.

—Que diga lo que quiera. Yo jamás escribiré su nombre.

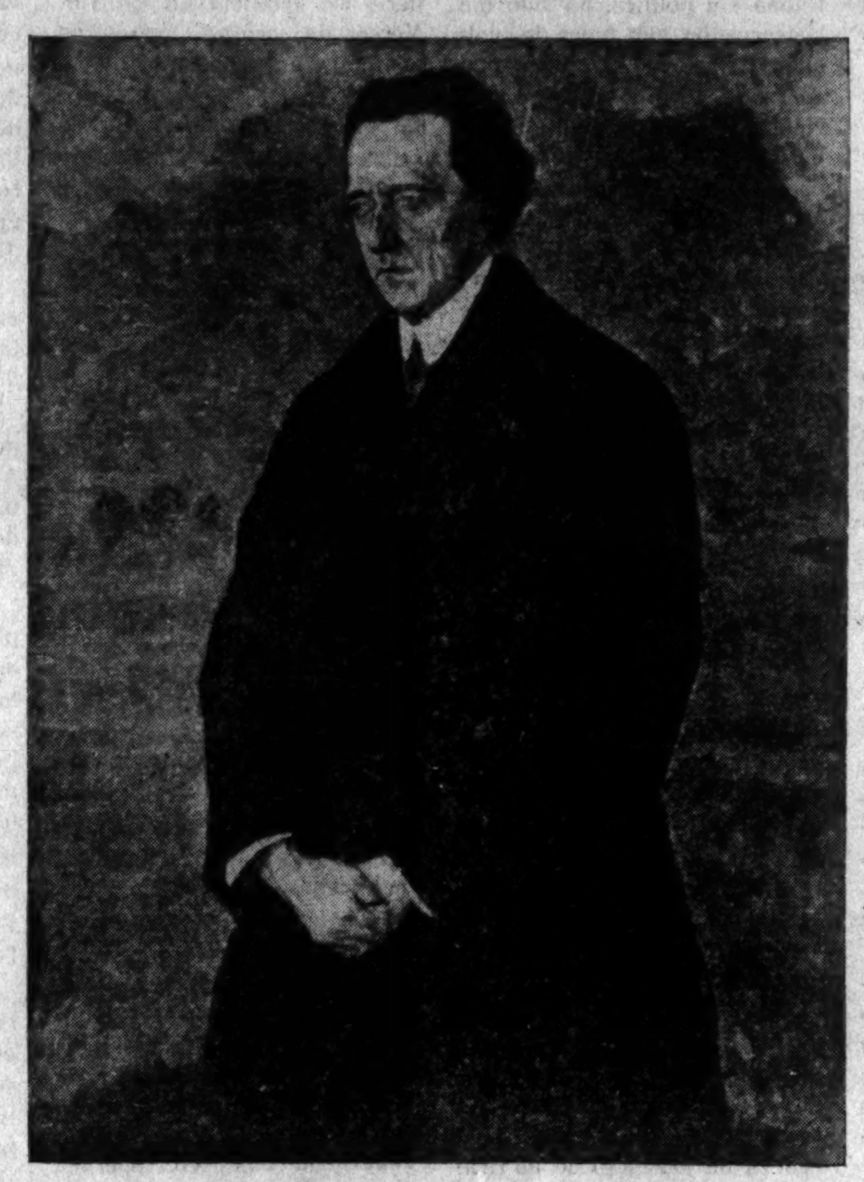
Nunca, hasta ese momento, tuve la comprensión tan clara de la superioridad de un hombre sobre otro.

Volveré a hablar del poeta.

R. Blanco Fombona

(*El Sol,* Madrid).

Un periodista español defiende a Yanquilandia



Ramiro de Maeztu

Por Juan de Echevarría

Es grato oir alzarse la voz de Ramiro de Maeztu, uno de los periodistas más interesantes de España y uno de los cerebros mejor organizados, para vindicar a los norteamericanos contra la agresiva sentimentalidad habitual entre los hombres del sur de nuestro continente. Encarnación y bandera de ese sentimentalismo fué Rodó; que nunca estuvo en Estados Unidos y cuya buena fe se satisfizo con las lecturas de los periódicos y de algunos libros ocasionales. Sin embargo, jamás se le ocurrió dudar al autor de *Ariel* sobre lo que esa energía podía representar con sus universidades; con sus escuelas; con sus campañas depuradoras en medio de pueblos licenciosos; con sus museos repletos de obras maestras; con escritores y filósofos como Poe, Whitman, James, London; con hombres extraordinarios como Wilson, víctimas de excesiva buena fe.

Sin embargo, va corrido un cuarto de siglo desde que Rodó dijo su sermón laico y mientras Yanquilandia se encarga de hacer olvidar cada día las intentones imperialistas de Mac Kinley o de Roosevelt, nuestros países siguen perdidos en su manigua política, desorganizados, viviendo al día, enarbolada siempre la bandera amarilla de la cruzada contra el hombre del norte, el rudo Ihor sajón. Por eso resulta grato oir en España una voz entera como la de Maeztu, clamar airadamente, mientras olvida los desastres del 98: «Hoy los Estados Unidos se vanaglorían de tener los mejores poetas, dramaturgos, novelistas, pintores, escultores, arquitectos, filósofos, periódicos, revistas y teatros. Entre tanto, una República de nuestra habla se dedica a producir plátanos para el mercado norteamericano. Otra, fabrica azúcar para venderla en Nueva York al precio irrisorio de dos centavos la libra. Otra se dedica a extraer petróleo para los automóviles norteamericanos». Y esto lo dice un español que perdió Cuba.

¿Acaso podría asegurar un nuevo Rodó que nosotros, los sudamericanos, somos más capaces de idealidad que el yanqui, buen lector de la producción de sus escritores, entusiasta de sus pintores, defensor de sus poetas, que el domingo se encierra en la iglesia a sopesar su conciencia, mientras nosotros buscamos un rincón de la cantina para embriagarnos o desollar al prójimo?

Pero, acerquémonos un instante a Ramiro de Maeztu. Una de estas mañanas heladas del otoño madrileño, hemos tenido ocasión de conversar largamente, tres horas nutridas, con el autor de *La crisis del humanismo*. Entre libros, al amor del fuego, en su biblioteca, la charla resultaba gratísima. Junto a nosotros divisábamos, entre las ringlas de libros, dos volúmenes de Pedro Prado. Muchas obras de filosofía, de religión, de viajes, de crítica; en alemán, en inglés, en francés, en español, en portugués. Alto, enjuto; su rostro depilado y sus ojos azules nos hacen recordar el de algún pastor anglicano.

Cuando hablamos, incidentalmente de Chile, el nombre de Gabriela Mistral es lo primero que recuerda Maeztu:

—En esta casa, nos dice, se la quiere y se la recuerda mucho. Una palabra suya significa en la puerta de nuestro hogar: *sésamo ábrete*.

Recordamos que, en reciente artículo de *El Sol*, Maeztu citaba a Gabriela con ejemplar respeto, en nombre de tan vasta cultura.

Cuando la charla trae a colación su reciente polémica sobre Rodó y Yanquilandia, promovida por la contestación de un escritor uruguayo, Horacio Maldonado, Ramiro de Maeztu nos dice:

—Estuve, hace poco, en Estados Unidos unos cincuenta días, y pude sentir de cerca todo el vigor y la riqueza de ese pueblo. Cuanto se ha escrito sobre él me parece ligero e insuficiente. La lección que le da a la civilización no debe ser desperdiciada. He ahí una nación que ha resuelto bien sus dos problemas capitales: el económico y el moral.

Los yanquis conservan sus principios teológicos y, aunque ya no creen en ellos, saben aprovecharlos prodigiosamente. El secreto de su prosperidad debería enseñarles el camino a muchos países, sobre todo a nosotros y a ustedes. La razón de mi vida actual es la de haber llegado a este convencimiento después de un largo recorrido.

Calla un instante Ramiro de Maeztu. Remueve las cenizas en el brasero. Luego, reanudando el hilo de su plática, nos dice:

—Allá por el año 98 habíase publicado el libro de Desmoulins *En qué consiste la superioridad de los anglosajones*, obra pretenciosa y falsa, que me hizo meditar largamente sobre las razones de nuestras culturas. Luego los norteamericanos habían hecho pedazos nuestros pobres buquecitos de madera en un eficaz ejercicio de tiro al blanco. Por ese entonces escribí mi primer libro *Hacia otra España*, en el cual comencé a preocuparme del problema nacional. En aquellos años llegué a tener más lectores que ahora, y hubiera podido llegar a ser el escritor más popular de España si me hubiera dado por entero a sostener que el problema de nuestra salvación nacional era el de nuestra riqueza, ya que nos acababa de derrotar un país poderoso por acaudalado. Pero se me atravesó el problema moral, ese que fundó la grandeza de España en el siglo dieciseis y que más tarde acabó de liquidarse en el siglo diecinueve, el período más vacío de nuestra historia. Hacia esa época partí a Inglaterra y allí me enamoré. Y fué una mujer la que me hizo ver, por vez primera, lo que significa el precio del ahorro. Si llevo cinco duros en el bolsillo ¿por qué habré de ir a derro-

charlos en algún inútil goce, de la gula o de la carne, cuando si los guardo podrán significar el comienzo de un sentido más fuerte para mi vida? Pero, claro está que esto no basta para acumular riqueza, porque de nada sirven los cuartos sin esa necesaria idealidad que dan las fuerzas morales. Por eso yo le decía a usted lo que para mí significó el viaje a Inglaterra y recientemente a Estados Unidos: un pueblo como este último que defiende sus principios religiosos, aunque haya dejado de creer en ellos, es un pueblo que sabe aprovechar sus fuerzas.

Ya, en fuertes páginas anteriores, escribía Ramiro de Maeztu ese claro elogio del ahorro como virtud, que toca recordar en estos momentos: «El capital no es malo, sino bueno. Los ahorros de una generación son las herramientas de trabajo de la generación siguiente. Hasta en el caso de que el capital se halle en manos incompetentes, es preferible su existencia, porque siempre es posible que un Ministro de Hacienda inteligente lo haga pasar a manos mejores».

—Entre nosotros, nos dice Maeztu, tras breve pausa, hasta la riqueza tiene un sentido de miseria moral y social. Un yanqui acaudalado funda hospitales, obsequia laboratorios, vincula su nombre a obras útiles y duraderas. En cambio hay quienes como yo reciben la visita de un industrial que tiene cien mil ducados de renta, a fin de solicitar una carta para el cónsul de Estados Unidos con quien necesita entenderse para gestionar la venta de un Greco. «¿Para qué he de conservar ese cuadro colgado de un clavo, cuando es una obra que vale tanto dinero?» Así decía ese señor, incapaz de sentir el goce que le proporcionaba su propia riqueza. ¿Es posible que se llegue hasta la miseria de no sentir el deseo de conservar algo que constantemente puede contribuir a levantarnos el espíritu? Pero ¿qué mucho toca admirarse de esto, si no faltan otros que, como el Duque de Veragua, han intentado vender a los yanquis el Archivo de Colón? Y, luego, serán estos mismos los que llamarán utilitario al norteamericano, al que los compra a ellos.

Calla un instante. Su silencio nos prepara a una nueva embestida de esa lógica suya, que es, en cierto modo, la del buen sentido y de la previsión sajonas. Luego nos dice, con cierto aire de imprecación:

—Y ustedes, los sudamericanos, como nosotros, padecen de la misma miseria. Cada día se dejan comprar y no tienen nada que oponer al dominio de los compradores. Yo conozco bastante Cuba, porque mi padre era de allá. Antes de la guerra del 98, el ochenta por ciento de los ingenios de azúcar era cubano. Ahora, en cambio, el ochenta y cinco por ciento es norteamericano; el diez por ciento español, y el cinco por ciento restante es de los cubanos o de los extranjeros. ¿Puede pensar jamás en su independencia Cuba? Unas repúblicas de Sud América producen los plátanos para Norte América; otras el café; otras el petróleo, mientras Estados Unidos utiliza a ese Continente como al peón que produce para su bienestar. ¿Qué hacen, entretanto, ustedes? Vender sus haciendas, sus riquezas, recibiendo en cambio el dinero de Norte América para venirse a gastarlo vergonzosamente en París. Eso es criminal. Es preciso, es indispensable una campaña, una guerra de opinión contra ese sistema, contra esos verdaderos traidores que están labrando la peor de las servidumbres a corto plazo. Por eso yo impugnaba recientemente el *Ariel* de Rodó, obra bien escrita, pero que desconoce la realidad que pretende atacar. Sólo son fuertes los pueblos que tienen grandes fuerzas económicas y recias reservas morales. Si España hubiera sido rica, no le hubiera acontecido el desastre del 98.

Luego hablamos largamente, largamente: Maeztu cree que la salvación puede venir de la reforma en la instrucción pública en nuestros países, que deben instaurar los estudios humanísticos, con la necesaria disciplina del griego y del latín; es decir, volver a lo que pedía Bérard para Francia contra la corriente que presidía Herriot.

—Así tendremos una *élite* capaz de gobernar, nos dice Maeztu. Ocurrirá lo que se ha observado ya en Inglaterra hasta en las oficinas bancarias: los mejores empleados son aquellos que han estudiado su griego y su latín.

Antes de retirarnos, Maeztu nos dice:

—Quiero que almorcemos juntos esta semana para conversar más largamente aún sobre tópicos como éstos tan necesarios para ustedes como para nosotros. Porque la reforma indispensable de la instrucción pública sólo podrá contribuir a mejorar nuestros viejos sistemas.

Aun permanecemos algunos minutos en su gabinete de trabajo y Ramiro de Maeztu nos lee el último capítulo de su próximo libro sobre Don Juan y La Celestina, obra fuerte y armoniosa, que Calpe lanzará a la circulación en algunos días más.

ARMANDO DONOSO

(*El Mercurio*, Santiago de Chile).

Advertencias

¿De qué te vale, hermano, vivir a toda prisa
queriendo hacerlo todo si no realizas nada?
¿Es que piensas que así podrás lograr honores?
¿O es que esconder intentas los fracasos del alma?
Sabe que en una hora Dios no creó el mundo;
mas un alma se pierde tan sólo en un segundo.

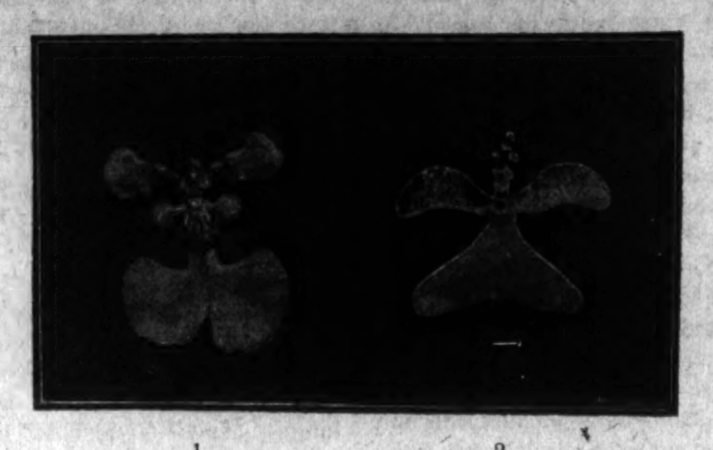
Tú, que al fin tienes tiempo de sobra para todo,
para ti no lo tienes; y dejas descuidado,
muriéndose de pena, el don que Dios te ha dado,
que es el alma inmortal. ¿Qué haces cada día
para saciar en parte la sed de lo infinito;
para siempre obtener mayor sabiduría;
para librar al cabo al ser de lo finito;
para volver, por fin, del dolor ya sentido,
comprendiéndolo todo, de todo redimido?

Hay que inquirirlo todo, el alma siempre abierta,
si es que saberlo todo anhelas en la vida.
Obra como el sediento que llama a toda puerta;
has tuya la congoja por los otros sentida;
llega a la realidad eterna de las cosas
en busca del profundo sentido de la vida,
y la revelación del que todo lo entiende
el galardón será de todas tus pesquisas.

JULIO MERCADO
(Colombiano.)



Lluvias de oro



1 2

1. Flor de Oncidium en tamaño natural.
2. Aguililla de oro fundida por los indios Güetares.

Con el nombre gentil de lluvias de oro se designan más de treinta orquídeas, en cuyos ramos florales, de gallarda hermosura, predomina el color amarillo de limón. Todas pertenecen al género *Oncidium,* y el número de especies pasa de cien, esparcidas en toda la América Tropical, desde México hasta el Brasil inclusive.

Si cogemos una de estas plantas, al acaso, tendremos un seudobulbo ovalado de seis centímetros de largo, por dos y medio de ancho, de color verde, manchado de moreno oscuro en su base; presenta estrías longitudinales y una hoja apical de veinticuatro centímetros de longitud por tres de ancho. A los costados del bulbo se levantan otras dos o tres hojas de pecíolo abrazador, en tamaño gradual, de abajo hacia arriba, para dar nacimiento en la axila de las mayores a un ramo floral a cada lado, de sesenta centímetros, rígido, delgado, con ramificaciones que ostentan más de doscientas flores amarillas, graciosamente manchadas en su parte central con un tinte moreno prieto. Miden estas flores tres centímetros de abertura, correspondiendo al labelo la mitad de esa amplitud.

Hay tal abundancia de esta orquídea en las faldas del volcán Turrialba que algunos finqueros logran decorar sus habitaciones, en el mes de octubre, con hermosos ramos de flores, semejantes a cabelleras de oro, que se conservan brillantes y atractivas por espacio de muchas semanas.

Dudo que haya otra planta capaz de producir centenares de flores, en un espacio tan reducido, como los *Oncidium,* ni que presente ramos más hermosos, delicados y raros en todos sus detalles, con esa suavidad de colores, uniformidad de perfiles y precisión en las manchas que parecen estas flores esfinges de oro fundidas en un mismo molde por genios inmortales.

La conservación de orquídeas tiene el raro poder de evocar los recuerdos del bosque tropical, con sus troncos seculares, copas sombrías, helechos arborescentes, musgos y plantas epífitas, donde la vista se extasía, sin cansarse jamás de contemplarlas; recuerda la frescura del amanecer, cuando el alba perfila las crestas de la cordillera en su beso matinal con los primeros rayos del sol; recuerda la humedad de la montaña, las notas armoniosas de los jilgueros y calandrias, el vuelo de colibríes esmaltados en colores metálicos, el murmullo de arrollos cristalinos y otros mil encantos naturales que pasan por la mente con la velocidad del relámpago, cuando se ha tenido el placer de contemplarlos en el curso de la vida.

La primera orquídea que recogí, hace más de cuarenta años, en las cercanías de Alajuela, a 900 metros de altura sobre el nivel del mar, era la *Oncidium carthaginense,* Sw., de grandes hojas coriáceas, que miden cuarenta centímetros de largo por nueve de ancho, acanaladas, en forma de teja, con raíces enjutas y largos ramos florales, bifurcados, cubiertos de flores de 25 milímetros de diámetro y color blanco de crema, profusamente manchadas de púrpura. Estaba en la horqueta de un árbol de madera negra, a tres metros del suelo, accesible para todo estudiante interesado en investigaciones científicas. Después he notado que otras plantas congenéricas se alojan igualmente en la corteza enjuta del guayabo y del zurá, donde apenas pueden aprovecharse del agua de lluvia que se desliza de manera copiosa, sin detenerse, sobre las ramas y troncos erguidos a cincuenta metros de altura, allí donde los insectos y rayos solares entran con absoluta libertad. En los cafetales viejos, abandonados, a campo descubierto, crecen las formas pequeñas, siempre atractivas por sus racimos de flores amarillas, entremezcladas con el grano de oro, que constituye nuestra mayor riqueza nacional. Estas plantas crecen en ambas vertientes, desde la costa ardiente hasta 1,500 metros de altitud, en que las nieblas se estacionan casi todo el año.

En muchos géneros vegetales se conserva la forma de la planta con caracteres inequívocos, pero las orquídeas varían tanto que no podría reconocerse una especie antes de su florescencia. El *Oncidium cebolleta,* Sw. tiene por hojas unos vástagos cilíndricos, punteagudos, con una estría longitudinal donde se topan los bordes del limbo, sin apariencia de hoja alguna; el seudobulbo es casi esférico, de un centímetro de diámetro, menos abultado que la parte central del vástago; de su base brota el ramo floral, de 22 centímetros de largo, con una bifurcación de cuatro flores y varias singulares a la terminación del ramo; los sépalos y pétalos están salpicados de castaño y son tan pequeños que dos de ellos quedan ocultos detrás del labelo; éste semeja una aguililla indígena de oro fundido de 16 milímetros, de color amarillo puro, con la coronilla manchada de castaño rojizo. Esta especie habita la vertiente del Pacífico y florece durante la estación seca.

Al lado del Atlántico hay una forma semejante, de hojas igualmente cilíndricas, mucho más delgadas y largas hasta de medio metro, con el ramo floral de color morado, de 35 centímetros de longitud, con pequeñas brácteas en siete nudos y muchas flores en racimo terminal, de sépalos y pétalos profusamente manchados de chocolate, y gran labelo de color amarillo de limón. Parece que hubiera una correspondencia congenérica entre las vertientes del Atlántico y del Pacífico, como la hay efectiva en el reino animal. La influencia del ambiente húmedo de la región Oriental separa en especies correlativas, tanto los animales como las plantas, de las formas correspondientes a las tierras áridas, enjutas, de la vertiente del Pacífico, dejando en la meseta central del país una zona de convergencia, como pasa, en mayor escala, con el territorio de Costa Rica respecto a la fauna y flora de toda la América tropical, que hallan un ambiente propicio para propagarse desde la cumbre de nuestros volcanes hasta las costas de ambos océanos.

Hay además ciertas formas típicas, costarriqueñas, como el *Oncidium Wercklei,* que habita las faldas del volcán Turrialba, a mil metros de altura sobre el nivel del mar, y que florece en el mes de agosto, a manera de planta trepadora sobre un bejuco delgado, largo, rígido, amarillento, que hace brotar cada diez centímetros, raíces, seudobulbos, hojas y flores de color amarillo, de tres centimetros de abertura y grandes lóbulos en el labelo. Los bulbillos ovales, aplanados, de dos centímetros de largo por uno y medio de ancho, semejan garras sucesivas que alimentan y van sosteniendo la planta en su ascensión paulatina, persiguiendo siempre la luz y el calor. Presentan esos bulbillos una hoja apical de seis centímetros de largo por dos de ancho, y otra bracteal, más pequeña, en la base, que da nacimiento a las flores: así, de tre-

cho en trecho, se alimenta la planta, respira y se reproduce, ejerciendo a intervalos todas las funciones de la vida. Parece que hubiera una inteligencia especial en esta planta, que le permite cambiar de rumbo en su carrera ascendente, lanzar raíces adventicias, como tentáculos, en busca de sostén y de alimento, formar estaciones de reservas nutritivas, cada vez mejor instaladas para lucir sus flores a los rayos del sol. La masa polínica completa, glutinosa, es transportada de unas flores a otras, para la fecundación del ovario, por los insectos convertidos en intermediarios del amor floral. Con solo tocar la columna, con un pincel, se desprende la antera y se pega por la base, dejando los polinarios listos para la fecundación del pistilo, en la flor que el insecto visite después. ¡Cuántas veces, al aspirar el perfume de una orquídea, salimos con la masa polínica pegada en la nariz!

El cruzamiento del polen es seguramente indispensable para la conservación de las especies, como si las plantas repudiaran con dicernimiento los matrimonios consanguíneos; para el polen procedente de otras plantas diversas tiene el estigma toxinas que lo esterilizan.

Los colores brillantes atraen los insectos durante el día y el perfume en las primeras y últimas horas de la noche. Debe existir en realidad un llamamiento especial para determinados insectos, pues ciertas orquídeas solo permanecen abiertas durante el día y otras no abren sus flores delicadas sino por la noche, para celebrar ruborosas sus amores en la mayor obscuridad, como las *Stelis:* tratando de conservar estas pequeñas flores en alcohol, para estudio, notamos con sorpresa que se abren inmediatamente al sentir la embriaguez, cual si perdieran el control de sus hábitos naturales, y permanecen siempre abiertas aún en las altas horas del día; mas cuando se prensan en papel secante se cierran para no abrirse jamás. Todas estas manifestaciones de la vida vegetal constituyen un estudio detenido que los hombres de ciencia compaginan para formar, al correr de los años, el hermoso conjunto del saber humano.

El perfume de ciertas orquídeas parece adherirse, y nos acompaña durante largo rato después de haberlo aspirado, especialmente de noche, cuando sus flores tienen mayor fragancia; todo en estas plantas es sutil y delicado; por eso hasta los albores del pasado siglo apenas llamaron la atención de las gentes de mayor refinamiento social. Era necesario que a las plantas se atribuyeran propiedades medicinales o antitóxicas para que las gentes de cultura incipiente les prestaran alguna atención: así tenemos representada por los indios de Nicoya, con absoluta propiedad en piedra verde, nefrita, una semilla de «ojo de buey», leguminosa a la cual se atribuían propiedades medicinales o preventivas contra la mordedura de las serpientes. Rara vez admiran los niños o los pueblos primitivos los encantos de una flor; mas se quedan extasiados contemplando cualquier animal, y por cada visitante a un Jardín Botánico, hay cien admiradores en los jadines zoológicos. Para apreciar la vida de las plantas, el sueño de las hojas o la inteligencia de las flores se necesita una cultura superior; las gentes incultas se impresionan con el relámpago y el trueno, pero nunca observan una puesta de sol, el ritmo de olaje, el murmullo de una fuente, ni el trino de las aves, por más ricos que sean en luz y armonías. Los primeros artistas tomaron por modelo al hombre, los monos, el tigre, el tapir, armadillos, las aves, tortugas, lagartos, serpientes, ranas, cangrejos, arañas y mariposas, cuyas reproducciones hacían en metales fundidos, en piedra o en arcilla cocida. Hay, sin embargo, reproducciones vegetales perfectas como la anona escamosa silvestre, en patas de vacijas de cerámica, y la semblanza entre la flor de los *Oncidium* y las aguililIas modeladas en cera y fundidas después en oro por los antiguos indios de Costa Rica.

Algunas de las orquídeas cambian de color después de florecidas: el *Epidendrum repens*, por ejemplo, semeja una banderita española izada sobre vástagos enjutos, a medio metro del suelo, sobre los paredones, rocas y terrenos áridos, a pleno sol; algunos días después la columna y el labelo que formaban la banda amarilla al centro de la flor, sobre el fondo rojo de sépalos y pétalos, toman el tinte subido del carmín, de manera que los colectores novicios se imaginan dar con dos especies diferentes, cuando sólo se trata de variaciones en la misma planta. Los tallos y las hojas mismas cambian el color verde propio de los lugares sombríos por un tinte morado, durante la estación seca, cuando se hallan expuestos a los rayos solares.

A medida que la planta es más delicada siente la influencia de la luz brillante con mayor intensidad: una *Lelia rubescens* traída de Orotina, donde el sol es ardiente y la altura sobre el nivel del mar apenas llega a 300 metros, dió el primer año flores encendidas, y después de instalada en la sombra, a 1160 metros, palidecieron sus flores en las siguientes cosechas, cada vez más, hasta salir casi blancas, como si el albinismo dependiese de la altura sobre el nivel del mar o de la menor exposición a los rayos directos del sol. Así se explica que la forma albina de la Guaria morada del Pacífico *Cattleya Skinneri* fuera en otro tiempo la planta más común en los tejados de la vieja Cartago, a 1400 metros de altitud, donde las nieblas frecuentes cubrían los techos de las casas con musgo y variadas plantas epífitas, convirtiendo las tejas de barro en macetas llenas de una vegetación aérea permanente, que desapareció con el terremoto de 1910.

Para conservar los caracteres típicos de una especie vegetal es necesario el conocimiento perfecto del ambiente nativo, a fin de imitarlo hasta donde las condiciones lo permitan: la Guaria negra (*Schomburgkia Lueddemani)* florece y prospera de manera admirable en Heredia y San José, a pesar de ser una planta costeña, si se la expone al sol directo; y si a eso se agregan las atenciones de cuido y limpieza, mejora el aspecto de la planta y sus flores son cada vez más abundantes. Los jardineros europeos han logrado, con el cambio de ambiente y la hibridación, formar variedades de orquídeas exóticas verdaderamente notables, que alcanzan precios fabulosos en las exhibiciones anuales de floricultura. Para los que trabajan simplemente por el ensanche de la ciencia, queda la satisfacción de mostrar los filones lucrativos, que los industriales laboriosos se encargan de explotar.

ANASTASIO ALFARO

San José, Costa Rica.

El tapado de pieles

I

El gabinete del director de un Banco. Estilo inglés. Penumbra. En un rincón la mancha verde de un couch-corner. Sobre la mesa un vaso de Delft, con rosas. EL BANQUERO, *hombre de cuarenta y tantos años, algo canoso, algo calvo, elegante, de fina sonrisa y manos robustas, recibe a* MADAMA X., *de treinta años, esbelta, ondulante, de ojos negros, cutis dorado, vestido corto, ademanes adormecidos, boca pintada en forma de corazón. Córrense las cortinas. Ciérranse las puertas.*

Madama X.—Buenos días.

Banquero.—Las cuatro. Pensé que ya no vendrías.

Madama X.—Mi marido no me ha dejado hasta este momento.

Banquero.—Ya es casi la hora de cerrar el Banco.

Madama X.—No cierra hasta las cinco. Puedes darme un beso.

Banquero *(besándola)*.—Estaba impaciente.

Madama X.—Almorzamos en la Legación de Italia. ¡Qué lindas rosas tienes! ¿*Lady Wellington*?

Banquero. — *Souvenir de Claude Pernet.*

Madama X.—Yo tengo *Lady Wellington.* Son de un amarillo más vivo. ¿Sabes que la ministra es encantadora?

Banquero.—Se habla mucho de ella.

Madama X.—Es aficionadísima al bric-a-brac. Se ha casado con un viejo de setenta años.

Banquero.—Los ministros no tienen edad. Y ese es plenipotenciario.

Madama X.—¡Qué ironía! ¿Puedo quitarme el sombrero?

Banquero. — Quítate todo cuanto quieras.

Madama X.—¿No vendrá nadie?

Banquero.—El último cheque que firmo hoy eres tú.

Madama X.—¿Sobre Londres?

Banquero.—Sobre el paraíso. ¿Sabes que hoy tienes más brillantes los ojos?

Madama X.—Ya me lo dijo mi marido. Es curioso que tú y Antonio me digáis casi siempre la misma cosa.

Banquero. — Siempre estamos de acuerdo cuando te miramos. ¿Qué hace tu marido?

Madama X.—Se divierte. A veces se me presenta con cabellos de mujer en el saco.

Banquero.—No te creo.

Madama X.—¿Por qué no me crees?

Banquero.—Porque ya no hay cabellos de mujer. Se los han cortado.

Madama X.—Anoche mismo. Un cabello rubio, larguísimo.

Banquero.—¿Y le hiciste una escena de celos?

Madama X.—No me gusta ser engañada. Ni aun por mi marido.

Banquero.—¿Y por mí?

Madama X.—Por ti es otra cosa. ¡Te mataría!

Banquero. — Muchas gracias. No quiero que te molestes.

Madama X.—Eres un monstruo. *(Se besan).* ¡Oye! ¿Qué sorpresa es esa que me quieres hacer?

Banquero.—¡Adivina!

Madama X.—No sé.

Banquero.—¡Pues por eso te digo que adivines!

Madama X.—¡Una joya! Pero yo no puedo usar joyas regaladas por ti.

Banquero.—No veo por qué.

Madama X.—Porque no puedo decirle a mi marido que tú me las has dado.

Banquero.—Somos amigos. Y no veo donde estaría el mal...

Madama X.—¡Oh, Eduardo!

Banquero.—Pero no se trata de joyas, tranquilízate.

Madama X.—¿De qué, entonces?

Banquero.—De algo que les sienta muy bien a todas las fieras.

Madama X.—¿A todas las fieras...?

Banquero.—Y que, por lo tanto, te ha de sentar muy bien a ti.

Madama X.—¡Ya sé! ¡Son pieles!

Banquero.—Un tapado de pieles que he encargado a París. Chinchilla auténtica. Me llega hoy por el Sud-Express.

Madama X.—Pero, ¿cómo quieres que me lo ponga?

Banquero.—Una manga primero y la otra después.

Madama X.—¿Y cómo me presento yo a mi marido con un tapado de pieles?

Banquero.—Le dirás que lo has comprado.

Madama X.—¿Con qué dinero?

Banquero.—Con el tuyo.

Madama X.—Imposible. Antonio sabe que no tengo economías como para comprarme un tapado de chinchilla.

Banquero. — ¿Cómo haremos, entonces?

Madama X.—Un tapado de chinchilla cuesta hoy en París de veinte a treinta mil francos.

Banquero.—No te lo daré, entonces. Me quedaré con ella.

Madama X.—¿Para qué la quieres?

Banquero.—La usaré de mañana, para ir al baño.

Madama X.—¡No digas tonterías!

Banquero.—No me será desagradable sentirme velludo como un fauno. Como un fauno civilizado, claro está. Un fauno con música de Débussy.

Madama X.—¡Pero es que yo quiero el tapado!

Banquero.—Lo compré para ofrecértelo, precisamente.

Madama X.—Ya sé. Pero no podré ponérmelo.

Banquero.—Ya veremos. Todo se arreglará.

Madama X.—¿Ves el modo?

Banquero.—Quizá.

Madama X.—Pero, ¿cómo?

Banquero.—Dile a tu marido que me has encontrado hoy.

Madama X.—Sí.

Banquero.—Que le pido que me vea mañana en el Banco.

Madama X.—Sí. Pero ¿qué vas a decirle?

Banquero.—Tu marido te regalará el tapado.

Madama X.—¡Oh, Antonio!...

Banquero.—Déjalo de mi cuenta.

Madama X.—¡Eres un amor!

(Se besan y siguen conversando).

II

Al día siguiente. El mismo gabinete del Banco. Las rosas se han marchitado en el vaso azul de Delft. EL BANQUERO *recibe al* DIPUTADO X., *treinta y cinco años, grueso, rosado, vivaz, despierto, de bastón con puño de oro, bigotito rubio a la norteamericana, anchos guantes de gamuza arrugados en la mano.*

Diputado X.—¡Hola! ¿Cómo estás?

Banquero.—Neurasténico, como todos los banqueros.

Diputado X.—¡Pero si estás espléndido! ¡No envejeces!

Banquero.—No tengo tiempo. No te veo por el bridge.

Diputado X.—Mucho que hacer... en la Cámara.

Banquero.— ¿Cuándo cae el Gobierno?

Diputado X.—Todos los días.

Banquero.—¿Pero cuándo tenemos nuevo Gobierno?

Diputado X.—Al día siguiente. Ya lo dijo Eça: El mayor placer de los portugueses es ver caer al Ministerio.

Banquero.—¿Quieres fumar?

Diputado X. *(tomando un cigarrillo)*—Mi mujer me ha dicho que te había encontrado.

Banquero.—Es verdad. Al salir del Banco.

Diputado X.—Me dijo que en una exposición de rosas...

Banquero. — Sí. Después volví a verla en la exposición de rosas. Me pareció algo más gruesa.

Diputado X.— Las mujeres están siempre más gruesas... salvo las inglesas que están siempre más delgadas. Por eso es que las inglesas me parecen deliciosas.

Banquero.—Yo, sólo en Londres he visto inglesas bonitas.

Diputado X.—¿Te acuerdas de nuestra compañera de bridge en casa del conde del Casal?

Banquero.—Miss Jonhson... Tenía unos pies enormes.

Diputado X.—Era encantadora. Y una jugadora incansable. Se casó. Se hallaba jugando al bridge cuando tuvo su primer hijo.

Banquero.—¿Sí?

Diputado X.—Pero estaba tan entusiasmada con el juego que ni siquiera se dió cuenta...

Banquero.—Vamos, *¡blagueur!*

Diputado X.—¡Oh, las inglesas son admirables!... Pero ¿para qué me has llamado? Mi mujer me dijo que necesitabas hablarme.

Banquero.—Nada importante. Deseaba preguntarte algo. Ya no recuerdo. ¡Ah! ¿cuándo se discute el proyecto de fiscalización bancaria?

Diputado X.—Cuando haya un Gobierno estable.

Banquero.—¿Qué es lo que entiendes por Gobierno estable?.

Diputado X.—Un Gobierno que dure tres días.

Banquero.—¿Lo habrá?

Diputado X.—Mucho lo dudo. En política y en amor, tres días son la eternidad... Dime... ¿y en cuanto a mujeres?

Banquero.—No sé nada.

Diputado X.—Anda por ahí una chica belga, alta, rubia, que es una maravilla. Lilianne. ¿La conoces?

Banquero.—Sólo me interesan las mujeres honestas.

Diputado X.—¿A quiénes llamas mujeres honestas?

Banquero.—A las que no engañan a sus maridos sino conmigo.

Diputado X.—¡Vaya un exigente! Pues la Lilianne parece un Rubens. Ojos azules muy grandes, larguísimas pestañas...

Banquero.—A propósito de Rubens. Dame cien mil reis.

Diputado X.—¿Cien mil reis? ¿Para qué?

Banquero *(sacando un papel doblado de la cartera).*—Ahora te diré.

Diputado X.—¿Quieres venderme un Rubens por cien mil reis?

Banquero.—No. Quiero venderte un número de rifa.

Diputado X.—¡A lo que ha descendido el comercio bancario!

Banquero.—La rifa de un tapado de pieles. Me quedé con dos billetes. Uno para ti, otro para mí.

Diputado X.—Pero ¿para qué quiero yo tapados de pieles?

Banquero.—Para regalárselo a tu mujer, por ejemplo.

Diputado X.—No es mala idea. Toma los cien mil reis.

Banquero.—Número 91. Aquí lo tienes.

Diputado X.—Tendría gracia que me cayera el tapado de pieles.

Banquero.—Realmente: tendría gracia que te cayera el tapado de pieles...

III

Dos días después. Todavía en el mismo gabinete. En el vaso de Delft hay otro gran ramo de rosas amarillas. Sobre el couch-corner *se ve un riquísimo tapado de pieles. Penumbra dorada y discreta.* El Banquero *recibe nuevamente a* Madama X.

Madama X.—¡Cuánto tiempo me has hecho esperar!

Banquero.—Estábamos en reunión de directorio.

Madama X.—¿Por qué no fuiste a tomar el té conmigo?

Banquero.—A causa de la reunión de directorio.

Madama X.—Podrías haberme hablado por teléfono.

Banquero.—Ya te he dicho que tenía reunión de directorio.

Madama X.—Está bien.

Banquero.—Hoy estás más bonita.

Madama X.—Me he pintado mejor.

Banquero.—¿No me das un beso?

Madama X.—No puedo.

Banquero.—¿Por qué?

Madama X.—Yo también tengo reunión de directorio.

Banquero.—Si yo te dijera un secreto me besarías en seguida.

Madama X. *(vivamente)*—¿Llegó el tapado?

Banquero.—Llegó

Madama X.—¿Lo tienes?

Banquero.—Acaban de traérmelo.

Madama X. *(saltándole al cuello).* —¡Cuánto te quiero!

Banquero.—Ya ves que conozco a las mujeres. Ahí lo tienes.

Madama X.—¿Dónde?

Banquero. — En el *couch-corner.*

Madama X.—¡Ah! ¡Eres un amor! ¡Chinchilla! ¡Como el de la ministra de Bélgica! ¿Sabes que me moría por tener un abrigo así?

Banquero.—Póntelo para ver si te va bien.

Madama X. *(poniéndose la casaca).* —Gyp tiene razón. Nada más bonito para una mujer que las pieles y las perlas. ¿Ves como parece hecho para mí?

Banquero.—Te sienta muy bien.

Madama X.—Ya no me lo quito. Me voy con él a la calle.

Banquero.—Imposible. Tengo que entregárselo a tu marido.

Madama X.—Es verdad. Ya no me acordaba de que tengo marido.

Banquero.—Restos de marido, que es preciso conservar. ¿No te ha hablado todavía del tapado de pieles?

Madama X.—No.

Banquero.—¿No te ha dicho que le había dado un número de la rifa?

Madama X.—Ni una palabra.

Banquero.—¿Ni que te quiere hacer una sorpresa?

Madama X.—Pero, ¿le has dicho tú que había ganado el abrigo?

Banquero.—Tienes razón. Es preciso decírselo. ¿Dónde estará?

Madama X.—Háblale a la Cámara.

Banquero *(en el teléfono)* —¡Hola! Cámara de Diputados.

Madama X.—Dile que se lo mandas a casa.

Banquero.—*(en el teléfouo)*—¡Hola! ¿Con la Cámara de Diputados? Hágame el favor de llamar al diputado X al aparato.

Madama X.—*(quitándose el tapado)* —¡Qué lástima tener que quitárselo!

Banquero *(en el teléfono.)* — ¡Hola! ¿Eres tú? Sí, yo mismo. ¡Felicitaciones! El abrigo de pieles es tuyo. ¡Tienes una suerte!... Aquí lo tengo en el Banco. Voy a mandártelo a casa. ¿Que no? ¿Que vienes a buscarlo? Bueno. ¿Vienes en seguida? Está bien.

Madama X.—¿El mismo lo viene a buscar?

Banquero.—Dice que toma un automóvil y que en cinco minutos está aquí.

Madama X.—Corro a esperarlo en casa. ¿Nos veremos mañana?

Banquero.—Vente a tomar el cocktail conmigo.

Madama X.—¿A las cuatro?

Banquero.—A las cuatro. ¡Apuesto a que nunca has esperado con tanta impaciencia a tu marido!...

Madama X. *(tendiéndole la mano).* —¿Tienes celos de él?

Banquero *(besándola)*—Tengo celos del abrigo.

(Vase Madama X. *Transcurren diez minutos. Entra el* Didutado X, *abriendo los brazos).*

Diputado X.—Aquí estoy. ¡Eres un hombre asombroso!

Banquero.—¿Por qué?

Diputado X.—¡Jamás he visto a nadie con tanta suerte!

Banquero.—¡Vamos! ¿Tú ganas el tapado y el de la suerte soy yo?

Diputado X.—Pero, hablando en serio, ¿es mío ese tapado?

Banquero.—Ahí lo tienes, a tus órdenes.

Diputado X.—¡Pero esto es riquísimo! ¡Esto no es un tapado! ¡Esto es una capa magna! Yo me lo llevo en seguida.

Banquero.—Quizá sea mejor mandarlo a tu casa. Ahí tienes a mi chauffeur...

Diputado X. *(con el tapado bajo el brazo)*—¿A mi casa? ¿Estás loco?

¡Si lo viera mi mujer no lo volvería a soltar!

Banquero.—¡Cómo! ¿No tienes el propósito de regalar el tapado a tu mujer?

Diputado X.—Claro está que no. Esto no es tapado para una mujer legítima. Esto es un tapado para una querida.

Banquero.—Pero...

Diputado X.—¿Me das tu palabra de que no vas a comprometerme?

Banquero.—Pero ¿qué piensas hacer?

Diputado X.—¿Recuerdas la chiquilla belga, alta, rubia, de que te hablé? Con unos ojos muy grandes, unas pestañas muy largas...

Banquero.—¿Lilianne?

Diputado X.—Hace años que ando loco por ella. y...

Banquero.—¿Y?...

Diputado X.—Voy a regalarle el tapado.

JULIO DANTAS

(De *La Nación*, Buenos Aires).

LISTA DE LIBROS

de autores hispanoamericanos que se venden en la Adn. del "Repertorio Americano".

Poesía

Almafuerte: El Misionero .... ₡ 0.50
Argüello, Santiago: El alma dolorida de la Patria 3.00
Bernal, Emilia: Como los pájaros 1.50
Arturo, Borja: La flauta de ónix 2.00
Brenes Mesén, Roberto: Pastorales y Jacintos 0.50
Luis, Cané: Mal estudiante 4.00
Gamboa, Isaías: Flores de Otoño 2.25
Coto, Rubén: Para los gorriones (Poemas en prosa) 1.50
Guido y Spano, Carlos: Poesías escogidas ... 1.50
Hernández, José: Martín Fierro 1.25
Ibarbourou, Juana de: El cántaro fresco 1.50
Ivanovitch, Dmitri: La ventana y otros poemas 1.25
López de Mesa, Luis: Iola (Poemas en prosa) 1.25
Magallanes Moure, Ml: Florilegio 2.00
Martí, José: Versos 1.00
Méndez, Evar: El Jardín secreto 4.00
Méndez Calzada, Enrique: Nuevas devociones Líricas 4.00
Olivares, José: Poesías 1.00
José, Pedroni: Gracia plena 4.00
Rega Molina, Horacio: La víspera del buen amor 4.00
Storni, Alfonsina: 4.00
Torres Bodet, Jaime: Biombo: 3.00
Torres Rioseco, Arturo: En el encantamiento 1.25
Ureta, Alberto: Florilegio 0.75
Valdés Roig, Ciana: La fuente sonora (Poemas en prosa) 0.75
Valle, Rafael Heliodoro: Anfora sedienta 3.00

Ficción

Alfaro, Anastasio: El Delfín de Corubicí 2.00
Chacón y Calvo, J. M.: Hermanito Menor 1.00
Fernández Guardia, Ricardo: La Miniatura... 1.25
Icaza, Xavier: Gente mexicana 3.00
Jiménez, Octavio: Las Coccinelas del rosal .. 0.50
Magón: La Propia (Cuadros de costumbres costarricenses) 2.50
Masferrer, Alberto: Una vida en el Cine 1.50
E. Roig, de Leuchsenring: El caballero que ha perdido su señora (Cuadros de costumbres cubanas) 1.50
Tovar, Rómulo: De variado sentir 0.50
En el taller del platero 0.50
Ugarte, Manuel: Cuentos de la Pampa 1.25

Valle, Raf. Heliodoro: El rosal del ermitaño. 0.75
Velazquez, Samuel: Madre 1.25

Artículos y ensayos

Brenes Mesén, Roberto: El misticismo como instrumento de investigación de la verdad 0.50
Las categorías literarias 1.00
Capdevila, Arturo: Los paraísos prometidos. 4.00
Carbonell, Diego: Reflexiones históricas y conceptos de crítica 3.00
Chacón y Calvo, J. M.ª: Ensayos sentimentales 1.50
Darío, Rubén: Rubén Darío en Costa Rica. (Segunda serie) 1.25
Díez Canedo, Enrique: Sala de retratos 1.00
Escobar, José Ignacio: Escritos 0.50
Hispano, Cornelio: Cesarismo teocrático 0.75
Jiménez, Ricardo: Colegio de Cartago 0.50
Lugones, Leopoldo: La organización de la paz 2.00
López de Mesa, Luis: Orientación ideológica 0.50
Masferrer, Alberto: Pensamientos y formas 1.50
Ensayos sobre el Destino 1.50
Martí, José: La Edad de Oro (2 vols) 4.00
Nin Frías, A.: Páginas Escogidas 2.00
Pacheco, León: Personalidad literaria de Ventura García Calderón 0.75
Pérez, Santiago: Artículos y Discursos 0.50
Torres Rioseco, A.: Walt Whitmann 1.50
Torri, Julio: Ensayos y Fantasías 0.50
Tovar, Rómulo: De Atenas y de la Filosofía. 0.50
Varona, E. J.: Lecturas 0.50
Con el eslabón (2 cuadernos) .. 1.00
Vasconcelos, José: Artículos 0.50
Vaz Ferreira, Carlos: Reacciones 0.50

Oratoria

Aramburo y Machado, Mariano: Discursos ... 0.50
Bolivar, Simón: Discurso en el Congreso de Angostura 1.50
Díaz Rodríguez, Manuel: Cuatro sermones líricos 0.50

Viajes

Gómez Carrillo, E.: Ciudades de ensueño 0.50

Biografía

Hispano, Cornelio: Bolivar 1.00
Lugones, Leopoldo: Elogio de Leonardo 1.00
Picado T., Cl.: Pasteur y Metchnicoff 1.25
Sarmiento: Facundo 1.50
Varona, E, J.: Emerson 0.50

Historia

Lufriú, René: Ensayos de divulgación histórica 3.00

Miscelanea

Barbagelata, Hugo de: Una centuria literaria (Poetas y prosistas uruguayos. 1800 1900) 7.00

Solicitudes que no vengan acompañadas del importe correspondiente, no serán atendidas. Equivalencia: ₡ 4.00 igual a $ 1.00, oro americano. Bajo cubierta certificada o por giro postal.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica